

EL MOTÍN



año XXXIII—Madrid, Jueves 24 de Julio de 1913.— Núm. 30.

NUMERARIO:
Rivadavia, 1885
BUENOS AIRES

LA UNIDAD REPUBLICANA EN LA VERDAD COSTISTA

Hasta hace poco, había sido el latiguillo preferido por los cosecheros profesionales del aplauso, la afirmación de que las crisis transitorias de un gobierno ó de un partido llevaban aparejadas otras más hondas de un régimen dinástico próximo á desaparecer, y por ende, á ser sustituido por otro de sustancia más democrática: por la República.

Hoy, sea por lo desgastado del tópico, sea por un mayor conocimiento que el pueblo tiene de las cuestiones políticas, aquella frase de cliché, un día tan en boga, no tiene ni el valor de un mero accidente histórico.

Quien ante las muchedumbres tuviese la osadía de repetirla, sería interrumpido por cien voces que le argüirían: «¿E; que al partido republicano la crisis no le alcanza?». Y acto seguido se vería obligado á reconocer que la crisis actual no es privativa de un régimen, sino que domeña por igual á todos los partidos y á todas las viejas organizaciones. El pabellón monárquico está por los suelos, pero á su lado y arriada se encuentra la bandera tricolor.

La actual descomposición alcanza, pues, á la política y á los políticos; al gobierno y á las formas de gobierno; al régimen imperante y á los que pretenden imperar. Es la crisis moral de toda España.

O renovarse ó morir. Esta ley biológica debe ser el prefacio de nuestro credo; su afirmación más rotunda; su alfa.

Nadie que de buen republicano se precie, pretenderá eternizar nuestro actual *statu quo*. Podrá haber unos centenares de *fulanistas* que defiendan el caudillismo actual, pero esos no tienen de republicanos otra cosa que la «etiqueta», que ora es un envoltorio democrático de una mercancía averiada, ora una hoja de parra encubridora de vergonzosas inmundicias y apostasías.

Para destruir las actuales organizaciones, de cuya ruina, por mor de la necesidad habría de surgir el órgano, precisaría también destruir la historia del republicanismo español, haciendo una inmensa pira con todos nuestros cuadros y sus ratos y crónicas de episodios, que constituyen un pasado que disputándole glorioso, añoramos, quizá para consolarlos del presente achicamiento.

Los pueblos que no tienen historia son los más felices; los partidos que tampoco quieren tenerla serán los únicos capacitados para hacer los pueblos nuevos, en cuyos destinos los muertos no mandarán desde sus sepulcros, como en España acontece.

Porque aquí, como en la tragedia de Ibsen, los muertos mandan. Por eso hay que abrasar sus bustos y sus oleografías en la llama ingente de una fe nueva.

¿O asustáis? Pues no nos déis de papirotazos con las estrofas elegiacas arrancadas del frontispicio de los sepulcros, que de memoria nos sabemos. Está fuera de duda que Pi y Margall, Castelar, Figueras, Ruiz Zorrilla, Salmerón—¡y tantos más!—fueron muy buenos, muy sabios, muy austeros, muy justos, muy «eximios estadistas». Negarlo sería una injuria imperdonable. Pero en la Casa de la República aconteció lo que en la del héroe de Benavente: «Mi mujer—dice

—es una santa; mis hijos unos angelitos; yo, un perfecto caballero: pero con todas esas prendas que nos adornan, mi casa resulta un infierno bastante decentito.»

También nuestros hombres cumbres estuvieron dotados de virtudes muy preclaras, casi excelsas. Pero hicieron de la República un infierno, y la República en sus manos se abrasó. Menos mal que cuarenta y tres años la hemos estado esperando facturada, jugando al dominó en las mesas de nuestros casinos, convertidos muchas veces en mármoles de vivisección. Como la niña no venía, llegaron los mesías de doble, quienes tomaron la tribuna republicana por garito de feria, desde el que pregonaron las excelencias de uno de esos específicos que en boca de sus expendedores todo lo curan y en la práctica resultan ceratos simples, tan inofensivos para sanar las llagas que laceran la vida nacional, como defensores de la propia vida de los desaprensivos voceros de la revolución.

¡La revolución! Palabra tres veces santa, que para nosotros los jóvenes contiene el amor de la Madre y de la Patria. Pero la revolución no se predica; se hace. Los caudillos no han podido ni siquiera intentarla. Para ello les ha faltado entusiasmo y civismo, consecuencia y honradez.

Desde Madrid han querido imponernos un republicanismo extraño á la vida provincial y á nuestras necesidades locales y rurales.

Todos los caudillos están de acuerdo para afirmar que el Parlamento español es una farsa monstruosa, y á la vez todos sirven de polichinelas en su tinglado.

Por esto, para haber intentado la revolución en España los actuales jefes—generales sin soldados—debieron haber huido del Círculo *Madrid* como de un Centro de apesados, para visitar el campo en patriótica peregrinación; y en vez de haber desgastado con sus pies las escaleras de la Presidencia y del Ministerio del Desgobierno nacional, debieron palpar las necesidades de los braceros y de los pequeños terratenientes, dándose cuenta de la labor verdaderamente criminal y abominable de los políticos restauradores; que anualmente reparten entre sus paniaguados mil trescientos millones de pesetas, robadas por partida doble á la tierra, por que de ella salen y porque á ella deberían volver en forma de agua prolfica y de cultura creadora, en forma de trigo que se convierta en pan, de harina que se convierta en amor...

Esto debieron hacer los caudillos; mas para ello hubieran necesitado abandonar las comodidades de la Corte, con sus viviendas burguesas y sus pingües bufetes, con su vida de sibilas, renunciando á toda mira particular que aplazar pudiera la urgente reconstitución.

Necesitaban depurarse, quemándose la cara con nuestro sol implacable viajando en burro ó á pie, como el pueblo viaja; comiendo en las majadas y en los ranchos las bazofias, para aprender por experiencia lo que el pueblo come, y dejando en las zarzas y en los guijarros del camino tiras de su piel, para así saber amar como los príncipes románticos y odiar como los sultanes africanos.

¿Vamos á cruzarnos de brazos ante la desbandada? ¿Vamos, como idiotas, á resignarnos, ó como hijos de Alá á aceptar el *estaba escrito*? ¿Vamos á sucumbir sin lucha en culto al *dios éxito*?

Jamás. Los creyentes en Costa no pode-

mos aceptar el fatalismo mientras en los miembros se nos marque el músculo y en las venas el glóbulo rojo, y en los pantalones la virilidad.

Desquiciada: las fracciones republicana desprovistas todas ellas—hablan sus caudillos—de garantías suficientes para las funciones de gobierno, debemos asirnos como única salvación á las doctrinas del Grande Hombre, á cuyo lado colocados los prohombres del republicanismo, parecen figuritas de *bibelo* puestas á los pies del Coloso de Rodas. Costa no vivió bastante para llegar á gobernar, pero sí lo suficiente para dar fórmulas claras, precisas, gacetales, con que salvar á España.

Frente á un republicanismo lírico, insustancial, fetichista y negativo, hay que oponer la realización de una política económica, lo que en nuestra patria equivale á decir, agraria; una política que sin desatender las libertades patrias, las traduzca en liberaciones tangibles, al diapasón de lo que ocurre en el resto de Europa, donde las abstracciones de un liberalismo tradicional se están transformando por esa ley evolutiva incontrastable de que antes hablábamos, en democracia social, es decir, en socialismo.

Pero también nuestro socialismo actual es inadaptable á nuestro medio, precisamente porque no es *nuestro*. De ello nos ocuparemos en artículos sucesivos si estas columnas nos sigue dispensando tan abusiva hospitalidad y en los que nos proponemos demostrar que el máximo de socialismo viable en la práctica de la política, sólo puede encontrarse en la verdad costista.

Mas por hoy, el problema previo para nosotros, los republicanos, consiste en recobrar la perdida cohesión del republicanismo por la reintegración de individualidades dispersas que han ido á formar en la inmensa falange de las clases neutras.

Esa unidad moral, esa anhelada cohesión ó no se realizará, ó de efectuarse, tendrá lugar en la mayor popularización del credo de D. Joaquín Costa, adaptado á las peculiares necesidades de las regiones que se decidan á tener personalidad, por la práctica racional de su autonomía soberana.

Y por última vez: la anhelada unión del republicanismo español, sólo se hará en el conocimiento y divulgación de las doctrinas del León de Graus, cuyos rugidos aún debemos temer los republicanos, si á tiempo no abemos echar por la borda ese caudillismo disociador que hiede á antecala de cocota y despacho de ministerio, pues ya sentenció el pueblo que en nuestro país un hombre público de una pública mujer en poco ó en nada se diferencia.

V. SARRIA

Del «Ateneo Costista» Zaragoza.

Queja sin enojo

¿Pero es posible, amigo Ricardo Fuentes, que usted, tan periodista, tan escritor y tan rico de sentido común, haya estrito, ó consentido que se publique en el periódico *El Radical* un artículo dando á entender que yo estoy confabulado con *El País*, *El Liberal*, *El Imparcial*, el *Heroldo*, *La Epoca*, *El Siglo Futuro*, y hasta con *Claudio Frollo*, para hacer un

campana contra Lerroux? Lo estaba leyendo y no lo creía.

Nunca me he confabulado con nadie en perjuicio de nadie; entendido con alguno en beneficio de alguien, más de una vez. Lerroux y usted lo saben.

Comprendo que cuando se está al frente de un periódico de partido, hay ocasiones en que es preciso dejar que corra la pluma sobre el papel transigiendo un poquito con el propio convencimiento. ¡Son tan exigentes algunos de los correccionistas que no están en el secreto!

¡Pero no tanto, no tanto!... A menos que no se trate de poner definitivamente en moda el procedimiento de descargar sobre los enemigos (que acaso no existan) la responsabilidad de nuestras acciones torpes, interesadas, ó *aínda mais*.

¡Confabularme yo con nadie para conspirar contra Lerroux! ¿Por qué y para qué? Tuve siempre por él gran simpatía; la tengo aún; y cuando llegó el caso de demostrarlo en público, lo hice cosechando una porción de malos juicios; hasta se me dijo que él me había comprado. ¡Maldito dinero, y á lo que expone á quien lo tiene! ¡A que se suponga que no puede defenderse por lo que vale, sino por lo que da! Y en privado hice varias veces lo mismo. Si usted, amigo Fuente, no lo recuerda ya, pregúnteselo á Lerroux, y seguramente no me dejará por embustero.

Del para qué, no hablemos: no hay para qué. Todas las acciones humanas, y aun las políticas, tienden á un fin. El de mi vida entera no ha sido otro que el de ayudar á los que trabajaban de veras por la venida de la República. Mientras creí que Lerroux lo hacía, no puse ni una china de á gramo en su camino. Hoy no lo creo, y lo digo. He aquí todo. Fuera de esto, Lerroux y yo no podemos tropezar ni estorbarnos: él marcha cara al éxito y hace bien; yo he tomado siempre el chocolate de espaldas con ese adulado caballero, y no voy ahora, que las tengo ya encorbadas, á comenzar á hacerle zalemas. ¡A buena hora!

Al acabar de leer el artículo de *El Radical*, hubo un instante en que cruzó por mi cerebro la idea de que Ricardo Fuente había querido hacer un supremo alarde de humorismo. ¿Yo confabulado con *El Siglo Futuro* para acabar con Lerroux? Ni al mismo Tawin, el célebre humorista inglés, se le ocurrió nada tan superior en su clase.

Volví á leerlo, y ya experimenté una sensación distinta: la que experimento siempre que veo á un hombre de talento obligado á escribir algo que no siente: la de tristeza. (Y perdóneme Fuente que le suponga insincero en esta ocasión; prefiero exponerme á ser injusto, á ofenderlo suponiéndole convencido de mi complicidad con nadie para combatir á Lerroux).

Mirándolo bien, yo debería congratularme de que se haya publicado ese artículo: es la prueba más elocuente de que la conducta de Lerroux no tiene defensa. Cuando un hombre del talento de Ricar-

do Fuente sólo encuentra ese argumento que oponer á los míos, mal anda la causa de Lerroux.

Me seducen todas las heroicidades y admiro todos los sacrificios; por esto, y á pesar de todo, felicito á Fuente por su lealtad hacia Lerroux, y á Lerroux por haberla merecido; pues si difícil es merecer, más aún lo es alcanzar.

Y eso de que un periodista tan eximio como Ricardo Fuente haya descendido á emplear argumentos al alcance de cualquier adocenado, supera en heroicidad y sacrificio á cuantos yo recuerdo de la andante caballería periodística.

Ya sé que esto de enturbiar las discusiones políticas y atribuir al contrario intenciones que no abriga, es cosa corriente y admitida en la prensa; mas creo que los periodistas del fuste de Ricardo Fuente no deben hacerlo por respeto á su personalidad.

Disculpable es que el calamar, pobre bichejo marino desarmado y desvalido, enturbie el agua á su alrededor para escafar de sus enemigos; pero si lo hiciera el tiburón, habría que negarle toda indulgencia.

Cada cual como quien es, y cada cosa como sea.

POR EL DESPEÑADERO

¡Con cuánta pena leo ahora cada discurso nuevo de Lerroux! Con tanta, como alegría experimentaba con los de hace años.

En cuanto se anuncia hoy que va á pronunciar uno, fluctua mi espíritu entre el temor y la esperanza. ¿Si irá á acentuar su gubernamentalismo? ¿Si volverá por el prestigio de su historia revolucionaria? Y lo pronuncia, y siempre queda defraudada mi esperanza.

El último, sobre todo, me ha descorazonado por completo.

No quise ocuparme de él hasta no tener el texto oficial á la vista, limpio de las palabras ó frases comprometedoras que se escapan en el calor de la improvisación al orador más dueño de sí mismo, y aguardé á que *El Progreso* de Barcelona lo publicase íntegro.

Al leerlo encontré en él afirmaciones extrañas y juicios más extraños aún.

Apuntaré á la ligera algo de lo que acerca de ellos se me ocurre.

El primer párrafo en que me fijé, fué este:

«Estamos como quien dice en vísperas de unas elecciones. Yo soy capaz de todo: de todas las responsabilidades y hasta dispuesto á aceptarlas todas. Pero he dejado que la voluntad del partido se manifieste como ha podido y como ha sabido, y yo he visto que en los distritos ha habido menudadas luchas por mezquinas representaciones, con el exclusivo propósito de imponer el día de mañana determinadas candidaturas. *Pues yo os digo desde ahora que, en lo que de mí dependa, ninguno de aquellos que á sí mismos desde ahora se consideran candidatos, lo serán.*»

Antes de seguir adelante, he de confe-

sar que estaba yo equivocado al creer que Lerroux había hasta ahora impuesto á su partido los candidatos para concejales y diputados: aquel célebre y ya olvidado don Toribio disculpará mi error.

También lo estaba al creer que el partido radical se hallaba en Barcelona completamente organizado y disciplinado, y no como nos revela ahora quien tiene más motivo para saberlo: entregado á *luchas menguadas* por alcanzar *representaciones mezquinas*, para imponer después *candidaturas determinadas*; es decir, ni más ni menos que se encuentran los republicanos en las poblaciones donde no están organizados. ¡Pues adiós entonces la cualidad que más renombre había dado á Lerroux, la de organizador sin igual!

Y menos mal que en adelante no está dispuesto á tolerar que ninguno de los que *se consideren candidatos, lo sea*. Lo único que se calla es el procedimiento que empleará; si el democrático ó el autoritario; mas sea el que fuere, opino que es tarde para permitirse esas arrogancias. En Barcelona hay ya muchos radicales que se van dando cuenta perfecta de la verdadera situación del partido y del jefe.

La declaración, de todos modos, es grave, y supongo que habrán tomado nota de ella los distritos.

Esta otra es más grave todavía:

«Si hemos de seguir como hasta aquí, si han de continuar las cosas como hasta hoy, ¡ah!, yo, al retraimiento. *Pero si queis que luchemos, no por las mayorías, que me tienen sin cuidado, que no nos han dado ningún buen resultado, si no por una representación honradamente ganada, ya en el Municipio, ya en la Diputación provincial, ya en Cortes; si queréis que luchemos para eso, que vengan, y que no se interponga entre el Partido y yo una barrera de hombres entre los cuales hay muchos á quienes estimo y considero, que son dignísimos de la representación que ostentan, pero entre los cuales hay también muchos que vienen á explotar la representación que les demos.*»

De modo que quedamos, por confesión del jefe del radicalismo, en que todo cuanto sus enemigos venían diciendo de los chanchullos, negocios, venta de credenciales y demás immoralidades *calumniosamente* atribuidas á los radicales, era una verdad vergonzosamente abrumadora. Y siendo así, lo primero que ocurre preguntar es esto: ¿Por qué lo calló Lerroux antes? ¿Por qué lo dice ahora? ¿Pretende acaso introducir una perturbación hondísima en el partido, para justificar su anunciado *retraimiento*? Aunque no; esto no puede ser. El político que como Lerroux tiene conciencia de la labor que ha hecho, no puede retirarse sin terminarla.

«Que puesto que viene á ser lo esencial el acabar, no hace nada en comenzar el que tiene más que hacer.»

Esta redondilla de la comedia de nuestro teatro clásico, *Quién engaña á quién*, le dice á Lerroux que no puede apartarse de un partido que formó para derribar el régimen, sin luchar hasta el último

extremo; y menos apartarse por una falta exclusivamente suya: por no haber sabido imponer á todos sus individuos la disciplina de que tan apasionado se muestra para el Ejército. Puede retirarse vencido, abandonado, tras no por voluntad propia. «¡La guardia muere, pero no se rinde!»

Además ¿ha pensado Lerroux en la situación que quedaría (políticamente, claro es), si un día se divorciara hasta ese punto del pueblo barcelonés? Anulado completamente. Deshecha la leyenda de organizado; cediendo ante la indisciplina, falta imperdonable en un jefe, ¿cree que volvería á ocupar entre los republicanos un puesto parecido al que aún ocupa, ni hallaría en los monárquicos la acogida que hoy tiene? No. Que no se ofusque, pues; que no se ensorberzca; procure conservar á toda costa alguna influencia en el pueblo barcelonés, seguro de que el día que la pierda, se convencerá de que, por mucha que sea su valía personal, no es tanta como la que el pueblo barcelonés le ha dado y le da aún. Ese gran pueblo pudo crear un Lerroux: cien Lerroux no podrían crear un pueblo como ese.

«Yo he dicho, yo repito aquí, que el Partido Republicano Radical tiene una fuerza determinada. ¿La tiene para la Revolución? Yo no lo sé, yo lo dudo bastante.»

Si; no es la vez primera que ha dicho eso; pero de poco tiempo á esta parte; desde que sus inclinaciones al *gubernamentalismo* se acentuaron. Antes decía lo contrario. Y por esto se unieron á él los barceloneses y gran parte de Cataluña; y por esto lo aclamaron; y por esto lo ayudaron; y por esto lo defendieron. Si hubiera comenzado diciendo lo que ahora dice, pocos le hubieran seguido. Este es precisamente el cargo más abrumador que puede hacérsele: que se elevó predicando la revolución, y no en su matiz relativamente templado, sino en el más rabioso, en el rojo puro, y ahora se empeña en quitarle ese color, ó suavizarlo por lo menos.

Lo de que no sabe si el radicalismo tiene fuerza ó no para hacer la revolución, carece de importancia: es lo que ha debido decir, por prudencia y por habilidad; y hasta para que no pudieran hacerle este argumento: si tienes fuerza para hacer la revolución ¿por qué no la haces?

Y allá va el último párrafo de los que copio íntegros:

«Y ahora una última afirmación. La opinión es contraria á la guerra. Pudiera suceder que llegara un momento en que esta opinión dejase de ser idea para convertirse en acto. Acordaos, amigos míos, de que en 1909, llevado el pueblo de Barcelona de su entusiasmo, de la pasión generosa, de los impulsos de su alma, se lanzó á la calle, y en medio del aislamiento hizo aquella revolución magnífica de la semana trágica. Fuisteis la cabeza de turco. Excepto tal ó cual salpicadura digna de toda loa, pero sin importancia, fué en el orden nacional la única protesta viril la de Barcelona. Llamamos á algunas puertas. Unos estaban con la Exposición regional. Se

llamó á la de más allá y no estaban preparados. Qué, ¿se quiere que sea Barcelona siempre la Cenicienta? ¡Ab, no! Mientras yo dirija la política del Partido Republicano Radical, nosotros no: Barcelona no saldrá á la calle con la representación del Partido Republicano Radical si no es puesta de acuerdo con otras grandes ciudades.»

Voy á comenzar comentando ese párrafo por el final.

Habiendo dicho recientemente Lerroux «que el republicanismo no está preparado para hacer la revolución», á nada se compromete indicando ahora que se echaría á la calle de acuerdo con otras grandes ciudades. A despecho de su intención seguramente, esa afirmación ha devuelto por completo la tranquilidad á los monárquicos. Pues se dirán:

«El peligro que teníamos ha desaparecido: Lerroux ha dicho que los republicanos no pueden hacer hoy la revolución, y que él, es decir, el partido radical de Barcelona, no la intentará sin estar de acuerdo con otras grandes ciudades. Es así que ese acuerdo no puede pactarse por que ninguna ciudad republicana está en condiciones de suscribirlo, luego nada podemos ya temer de Barcelona.»

Y al decirse eso, tendrán razón, como la tendrían si añadieran:

«El partido radical de Barcelona, que venía siendo desde hace años nuestra pesadilla, no perturbará en adelante el orden. Nos lo garantiza su jefe. El orden se ha vuelto lerrouxista.»

Y apuntado esto, retrocederé en el comentario.

En ese párrafo hay para mí una porción de dudas y nebulosidades; la primera ésta:

¿Por qué aconsejar al pueblo barcelonés que no se levante si la protesta contra la guerra se convierte en acto? Una vez convertida en acto, no podría temer el pueblo barcelonés quedarse solo si la secundaba. Y si la protesta del pueblo de Barcelona en 1909 fué *entusiasta, generosa, magnífica, viril*, ¿cómo, en vez de glorificarle por ella, se le dice indirectamente que no se deje arrastrar otra vez por tan nobles impulsos? Comprendería que no se le excitase á un sacrificio estéril; mas no que se le recuerde el abandono en que estuvo.

¿Pero es que realmente faltó alguien entonces á la palabra dada ó negó la ayuda ofrecida? No; habiendo sido espontáneo el acto, no pudo haber pacto ni convenio anterior. Y si las demás poblaciones no estaban preparadas, ni el espíritu revolucionario de ninguna era tan vivo como el de Barcelona, ¿cómo iban á secundar?

«Llamamos á algunas puertas», dice Lerroux. ¿Llamamos: ¿Puede emplear el partido radical el verbo llamar en la primera persona del plural del presente de indicativo? Creo que no. En el movimiento hubo radicales ¿quién lo duda?, mas por cuenta propia. Si éstos emplearan el verbo llamar en ese tiempo, estarían en su derecho. ¿Pero Lerroux como jefe de los radicales? Antójase que no.

Como tal, sólo pudo emplear la tercera persona del plural del pretérito perfecto de indicativo: *llamaron*.

Aunque quizás yo me equivoque al decir esto, lo cual nada tendría de particular. Al ver que unas veces niegan los radicales su participación en el movimiento como tal partido, y otras la afirman, he acabado por hacerme un lío y no sé ya á qué carta quedarme en este asunto.

El párrafo, por otra parte, hay que reconocerlo, es de un efectismo enorme en un mitin. Interesarse porque no sea víctima de su entusiasmo revolucionario un pueblo valeroso, ¿puede haber nada más razonable, más justo, ni más simpático? Sólo que se olvida aquí una cosa: que ningún movimiento revolucionario ha influido tanto como ese en la política española: la caída de los conservadores, las crisis que se han sucedido, la perturbación que existe en el campo monárquico, el que en el extranjero se preocupen de nosotros, todo, todo se debe á él.

Y en un movimiento de esta clase, más debe predominar el orgullo de haberlo realizado, que el despecho por los desengaños sufridos. De fijo que cuantos tomaron parte *efectiva* en él, no están conformes con Lerroux en este extremo, y rechazarían si ocasión nueva se les presentara. Precisamente lo más grande y admirable de aquel movimiento, es que se hizo sin preparación, ni cálculo, ni pesar el pro y el contra. Creyó el pueblo barcelonés que debía protestar de una injusticia, y protesto. Los sacrificios no se razonan: se ejecutan. Con seguridad que ninguno de los que se echaron á la calle en Barcelona en Julio, recordó que había en España otra población que Barcelona.

Pasemos á otro punto.

En su discurso dedica también Lerroux varios párrafos á rebatir los cargos que se le han hecho por lo que dijo en el Congreso sobre el fusilamiento de Sánchez Moya, lo que á mi entender no consiguiera. Y habría que preguntarle:

¿Hemos renunciado los republicanos al derecho de insurrección, tantas veces y con tanta elocuencia por Lerroux defendido? ¿Sí? Entonces habría tenido razón él para decir lo que dijo. Pero mientras sigamos creyendo detentada la soberanía nacional por el hecho de Sagunto, el derecho de insurrección debe ser obligado y hasta sagrado para nosotros mirado desde la altura del patriotismo: ó creemos ó no creemos que la República salvará á España.

La teoría de Lerroux es atentatoria á los principios que constituyen la razón primera de nuestra protesta, pues no podemos confundir lo constituyente con lo constituido, lo legal con lo ilegal, lo que pretendemos crear con lo que se ha creado por una insurrección militar. Por esto no cabe equiparar el acto del Salmerón gobernante, de dejar el poder por no aplicar la pena de muerte, con el del Lerroux revolucionario, que aspira á derribar lo existente por medio de la fuerza.

Esa teoría no hubiera sonado á blasfemia en boca de Melquiades: al pasarse á

Monarquía, da valor legal al hecho de aenza de 1874. En boca de Lerroux, si buena, por ello queda incapacitado, no sólo para interesar a ningún militar en la salvación de la patria, (que para nosotros sólo está en la venida de la República), sino para aceptar su cooperación si alguno se la ofreciera. Todo militar, según él, debe servir al gobierno constituido, sea cualquiera el origen que tenga; luego él debe rechazar en adelante la ayuda de todo individuo del Ejército para traer la República. Y sólo haciendo esto hoy, tendría autoridad indiscutible mañana para ser inexorable con los que faltasen a la disciplina.

Y conste que yo, si hablo así, no es por creer que la pena de muerte pueda ser suprimida del Código militar, aunque se suprimiera del civil. Mientras haya Ejército, (y sospecho que lo hay para siglos), existirá la fatal necesidad de conservarla; es por creer que los revolucionarios perdemos el carácter de tales desde el momento que por transigencias con los defensores de una legalidad impuesta por la fuerza, nos olvidamos de los intereses permanentes de la justicia; y por creer también que Lerroux no se vio compelido por nadie a hacer en el Congreso aquella declaración, única disculpa que hubiera podido invocar.

Si la hizo para que el Ejército supiera que no volvería a verse, si la República se restaurara, en la situación que en 1873, no le dijo nada nuevo, por que lo sabe ya. Y si no lo hizo por esto, ¿por que fué? ¿Sería para ver si lograba que se allanase a ayudarnos? ¿Pues adiós entonces su teoría sobre la disciplina! Pedir su cumplimiento con el propósito de que se falte a ella, habría tenido hasta gracia inclusive.

Reconozca Lerroux que al tocar este punto se metió en un callejón sin salida. Si defiende la disciplina ante la restauración alzada por la indisciplina, reconoce de hecho la legalidad del hecho de Sagunto, y, como antes dije, le quita al partido republicano la razón principal de su protesta, incurriendo además en esta contradicción: decirle al Pueblo que su soberanía está detentada, y reconocer la legalidad de la situación que se la detentó.

Mas daré aquí un golletazo a este artículo, por haberme metido a hablar de cosas que no entiendo; no se me escape alguna herejía de derecho político, si es que no la he soltado ya.

Una observación

El último discurso de Lerroux, como el anterior, como el del Teatro de la Gran Vía, como los pronunciados desde hace algún tiempo en el Congreso, no han sido:

- Ni de afirmaciones revolucionarias.
- Ni de ataques al régimen.
- Ni de divulgación de doctrinas.
- Ni de anuncio de reformas.

Ni de condenación para las clases privilegiadas.

Ni de ataques a la burguesía ni al capital, como aquellos otros que en sus buenos tiempos de revolucionario pronunciaba.

Han sido casi exclusivamente de defensa personal, entremezclados con elogios al Rey, a Maura y a Azcárate, y con benevolencias para la actitud de Melquiades, que tan sangrientas alusiones le ha dirigido desde que formó su partido.

«Que se defiende, porque de todos lados se le ataca», podrá decirse; y «que se le ataca, porque es el único que conspira».

De esto último ya hablaré más despacio; de lo primero, digo hoy:

«A Lerroux se le ha atacado siempre; en ocasiones más rudamente que hoy. Y, sin embargo, no se creyó obligado a defenderse tan vivamente. ¿Era porque tenía entonces conciencia de que iba por el camino que se había trazado, y despreciaba a los que pretendían atajarle?»

Los que hoy le atacan, son los que siempre lo hicieron: únicamente yo, desde posición distinta, con miras diversas de las de todos, sin sumarme con nadie, y deseando que él rectifique la marcha que sigue, soy nuevo en esto de combatirle.

Luego no debe ser por eso exclusivamente por lo que consagra hoy su talento, su palabra y sus bríos a su defensa personal.

Antes dejaba Lerroux a sus actos el cuidado de defenderle: ahora tiene él que defender sus actos.

Plenese Lerroux con calma en esto, y verá que no son sus enemigos quien lo combaten, sino que es él quien se destroza. Si estuviera satisfecho de sí propio, le tendrían sin cuidado los ataques de sus enemigos, como no le tuvieron antes.

¿Cómo cambian los tiempos!

Cuando Lerroux, recién llegado a Barcelona, pronunciaba aquellas hermosas y vehementes arengas que le valieron un partido, ¿qué unanimidad al juzgarle! Los monárquicos se asustaban, los burgueses temblaban, los anarquistas aplaudían, los republicanos se entusiasmaban, pero todos, así los esperanza los como los temerosos, estaban conformes en esto: ¡ahí hay un revolucionario!

Y hoy, ¡lo que cambian los tiempos! cada vez que habla, da lugar a que se formulen contradictorios juicios. Unos lo creen revolucionario todavía... otros gubernamental... Estos republicanos dudan... aquellos condenan... Cual, como yo, se lamenta de que tal ocurra... Quien, como Melquiades se congratula de que disculpe indirectamente su... (sigamos llamándole evolución).

Rudos ataques ha recibido desde que pronunció su gubernamental discurso en el Congreso, ratificado valerosamente en

los mítins; pero ninguno tan sangriento como este elogio que hace de su actitud un periódico monárquico de Córdoba, *La Opinión*, en un artículo firmado por Julio Granadino:

«El Sr. Lerroux se está capacitando de una manera sensata para escalar algún día, quizá no muy lejano, las gradas del poder.

Ha necesitado de mucho tiempo para ello; pero al fin llega con una historia de rebeldías y desafueros que tiene su más alta condenación en las mismas protestas de gubernamentalismo que anteayer hizo en Barcelona el propio interesado.

Olvidemos el pasado para considerar por sobre el presente del ilustre caudillo radical. Bien merece la consideración y el respeto de las gentes quien como el señor Lerroux, se purifica en el Jordán de sus propias palabras, palabras de condenación para errores pasados, que tienen la cualidad de ser sincerísimas, nacidas de lo más hondo de un corazón arrepentido, vuelto a la legalidad...

En el formidable discurso que anteayer hizo en Barcelona el exrevolucionario Lerroux, hay manifestaciones que de por fuerza han de considerarse flor de sinceridad.

De ser falaces, habría para disputar a don Alejandro cual el mayor cínico de la creación, como el más grande cómico del Universo.

Pero no, hay para creer en las manifestaciones del Sr. Lerroux; son honradas, son sinceras, nosotros las consideramos así y cuenta que siempre hubimos de combatir despiadadamente al «leader» del radicalismo.

Lerroux dijo que en su partido forman gran número de ambiciosos, de egoístas, de malos patriotas y una acusación tal contra los ideales por uno mismo sustentados y defendidos, no se hace si no obedece a un impulso de gran sinceridad, a una honrada manifestación de rotundo civismo.

La evolución del Sr. Lerroux hacia el campo monárquico está manifestamente iniciada. Sus declaraciones rotundas, lo abonan».

«¿Qué quiere esto decir sino que Lerroux es ya a estas horas, un monárquico más? Lo que haya influido en esta decisión extraordinaria del señor Lerroux no hay para qué desentrañarlo.

Sobre estos grandes hechos que la Historia ha de registrar en su día hay que poner el «noli me tangere» de que hablaba el Divino Maestro.

Olvidando al Lerroux de antaño precisa en bien de la Patria recibir con los brazos abiertos al Lerroux de hoy; así ganarán mucho la paz y la tranquilidad públicas y se consolidarán de por vida las instituciones de nuestros amores de fervientes monárquicos.»

«Aplaudamos al señor Lerroux—nosotros que tanto y tanto le hemos censurado—y al reconocer honradamente que se capacita para ascender a la Gobernación del Estado monárquico, esperémosle con los brazos abiertos para ofrendarle nuestra admiración y nuestros respetos, cuando llegue a nuestro campo de la Monarquía.»

Ese artículo, que lo mismo puede estar escrito irónicamente que en serio, es terrible para Lerroux; si escrito irónicamente, por que prueba que ha dado pretexto para que pueda escribirse; y si en serio, por que hay ya quien lo cree capaz

de lo que yo no lo creo todavía: seguir el camino de Melquiades.

¡Qué tiempos tan hermosos para Lerroux aquellos en que se le creía un demagogo furibundo, ó un anarquista convencido!

No era verdad, pero aquella opinión no le perjudicaba, revolucionariamente, como la que ahora forman los monárquicos de él.

Más claro, agua

Un individuo lleva siempre una moneda de cinco duros en el bolsillo, para poder salir de cualquier compromiso modesto que se le presente.

Se le presenta al fin, la entrega y se la devuelven por falsa.

¿Qué hace aquel hombre, siendo honrado y no pensando engañar á nadie con ella? Tirarla en el acto.....

Igual yo con Lerroux.

Creyendo que con él estaba garantizada la revolución, no le atajé el paso nunca, y lo defendí en un trance en que todos, excepto sus incondicionales, lo abandonaron...

He visto ahora que yo estaba equivocado, y hago cuanto debo hacer, (no cuanto puedo hacer) por que dejen de estarlo los que creen aún lo que yo antes creía.

¿Que el equivocado puedo ser yo? ¿Que en vez de ser falsa la moneda, lo es el mármol sobre el que se suena?

Que se me demuestre y lo confesaré. Nunca me he negado á reconocer sinceramente mis errores.

Demuéstreseme que sostiene las mismas ideas que antes, que conspira contra la monarquía, que sus adeptos aumentan ó no disminuyen, que para los monárquicos sigue siendo el coco, que no ha hecho declaraciones gubernamentales, é inmediatamente cesaré en mi campaña, después de pedir perdón por mi ofusca miento.

Pero hasta tanto, creo que no debo contribuir con mi silencio á que se tome por oro de ley revolucionaria, lo que yo no creo ya que lo sea.

¡Tenga usted fe!

Tiene mucha gracia esto que pasa entre nosotros: tronamos contra los católicos porque quieren imponernos la fe á la fuerza, y en cuanto nos echamos un jefe, ¡ay del que no lo crea impecable y milagrero! Si dispusiéramos de un potro, los descoyuntaríamos; si de una polea, lo colgaríamos; y si de unos trencitos de leña, lo quemaríamos: ¡ó cree, ó muere!

En esta iglesia del republicanismo, como en la católica, la palabra apóstata lleva aparejada una porción de desventuras... ¿Cómo es eso de que ningún republicano se permita dudar de que un jefe hace milagros, únicamente porque no se

los ve hacer, dejándose llevar por el fallible testimonio de sus engañadores sentidos? ¿Qué es la fe, sino creer lo que no vemos?

A mi costa he aprendido varias veces esta lección, mas creo que nunca como ahora: los fanáticos admiradores que aún le quedan á Lerroux, me hacen pagar bien cara la fe que antes tuve en él como revolucionario de acción.

Porque, si; confieso mi torpeza ó mi pecado: yo, que de fe religiosa no conservo ni pizca, he creído hasta ahora que Lerroux podía y quería hacer la revolución.

Y creí que podía, por contar con las fuerzas que ningún otro jefe contó, y porque así nos lo ofreció muchas veces.

Y creí que quería, porque no se allegan tantas fuerzas con un propósito determinado, para mantenerla años y años en la inacción.

Comprendo la paz armada, porque la paz armada es la relativa garantía de las naciones que la mantienen; ¿pero en el republicanismo español, para qué? ¿Para estar preparados cuando la Monarquía nos ataque? Sería risible, siendo nosotros los que debemos atacarla á ella.

Desde que lanzó Lerroux aquella frase enervadora, *hacer un poco de revolución cada día*, me pregunté: ¿Qué será eso? Traté de explicármelo y sigo en ayunas.

Comprendería la frase, si en las Cortes, un día y otro, nuestros diputados, los jefes especialmente, y Lerroux más que los otros, hubieran estado constantemente en la brecha, proponiendo y defendiendo reformas democráticas, haciendo ver al país que se nos lleva á la bancarrota (de este cargo excluyo á Salillas, que ha luchado bravamente en la discusión de Presupuestos); pero no habiéndose dedicado, con raras excepciones, más que á intervenir en los debates exclusivamente políticos, ¿qué es eso de hacer un poco de revolución cada día? Un recurso dilatorio y nada más.

No obstante pensar de este modo desde que Lerroux lanzó esa frase vacía, yo ha venido callando y teniendo fe en su acción revolucionaria, hasta que su discurso en el Congreso me la arrancó.

Esto probará á sus partidarios que yo he tenido fe en Lerroux hasta que él me la ha quitado, y que en adelante haré mía para juzgarle aquella otra frase de Santo Tomás:

Ver y creer.

El huracán y el polvo

(Fábula)

Silbando airado el huracán bravo, al sucio polvo que llevó á las nubes dijo:—A demostrar mi poderío á las regiones de los vientos subes.

—Descuida, exclamó el polvo; yo tu brío al cielo mostraré y á los querubes, que aunque te calmes ó tu rumbo tuerzas para hacerlo sin ti me sobran fuerzas.

Así el polvo orgulloso se olvidaba

de su peso, y así con despotismo los almos cielos escalar pensaba. Pero hete aquí que en el instante mismo, cesando el huracán que le empujaba, el sucio polvo descendió al abismo.

Que así sucede al que subiendo dudando de aquella fuerza que á subir le ayuda.

D. V. REGULEZ

COSILLAS

Que me dispensen los periódicos defensores de la política de los Sres. Lerroux y Alvarez, si no contesto á las observaciones y réplicas que hacen y dan á lo que escribo. Si mi propósito de rehuir polémicas no me lo impidiese, me lo valdaria el temor á que se me escapase alguna frase viva, que siempre procuré evitar al discutir con mis compañeros de la prensa republicana. Agradezco las deferencias que la mayoría me guarda, y me explico y disculpo las apreciaciones injustas que los menos hacen.

Recuerdo aquella frase de Danton al verdugo, cuando le impidió abrazar á Desmoulins sobre el tablado de la guillotina: *¿Podrás impedir que nuestras cabezas se besen en el mismo cesto?*, y la parodio en esta forma:

«¿Para qué destruirnos, si llegará un día en que no habrá quien impida que nos unamos para salvar la Patria?»

Porque sigo creyendo que la Prensa republicana, secundando la idea de la organización por provincias, es la que ha de salvar al partido republicano.

¿Si en esta ocasión tendrá confirmación exacta el conocido adagio: No hay mal que por bien no venga?

Esto me pregunto, al pensar que la conducta de los señores Lerroux, Alvarez y Azcarate puede influir en que acabe ahora la comedia semi-trágica, semi-bufa que en el republicanismo se viene representando desde que cayó Maura.

Tal vez no acabe, mas no será porque yo deje de hacer lo posible porque así suceda, llevando al Pueblo republicano el convencimiento de que debe hacer liquidación completa de los ídolos que hasta hoy ha adorado y de las baratijas revolucionarias que hasta hoy le han seducido.

¿Que no digo nada del Sr. Alvarez en este número?

Es verdad; ya diré algo en otro.

Aunque quizás no debiese decir nada, hasta que lo viese en un coche con la librea de ministro monárquico.

Habiendo dejado de pertenecer al partido, no puede ya perturbarlos mucho.

No han sido muchos los que con Alvarez se han ido á la monarquía; sin embargo, no creí que hubiera tantos mártires ignorados en nuestro partido ¡Porque cuidado si habrán sufrido los infelices que se van á la monarquía con el pelo ya blanco! ¡Lo que habrán rezado á Santa Rita para que apereciese en el ho-

rizante de la apostasía una levita de primera magnitud á cuyos faldones agarrarse!

No me extraña la deserción de los jóvenes: no han tenido tiempo de tomarle cariño al ideal.

Pero la de los que pasan de ocho lustros, sí. Para lo que les falta ya de vida viril ¿por qué no permanecieron vírgenes á fin de tener derecho á figurar en el calendario de la consecuencia como vírgenes y como mártires?

Dijose un día que el rey había dicho que en Palacio no había más liberal que él Y será verdad.

Y he pensado si algunos republicanos, creyendo sin duda que él va á traer la República, se colocan valerosamente y con tiempo á su lado para ayudarle á consolidarla. La previsión es la cualidad más eximia del hombre político.

También hay otros, yo entre ellos, que creen más posible el imposible de que el rey la traiga, que el que la traigan los actuales directores del republicanismo.

Sin exceptuar á ninguno, en tanto no retrocedan todos en el camino emprendido.

No me he cuidado nunca de si gustaría ó no lo que he dicho: me ha bastado saber que debía decirlo.

¿Que aplaudiera éste, ó se indignara aquél?... No me fijé nunca en eso.

¿Que no halagando á tal hombre, ó á tal población, ó á tal tendencia perdería lectores? Lo sentía, pero no lo remediaba.

¿Hacia bien ó hacia mal? Desde el punto de mi conveniencia, mal; desde el de mi convicción, bien.

¿Estoy contento ó descontento de haber seguido esa conducta? Contentísimo.

¿La desmentiré en lo porvenir? No. Si acaso, el día que llame á un cura para que me confiese.

Y así mataré dos pájaros de un tiro y de paso me llenaré de...

(Taparse las narices.)

Ahora que lo de Melquíades no tiene remedio, que se va efectivamente á la Monarquía, deséole que nunca sienta la nostalgia de Rivero y Castelar por la República que hoy abandona, y que jamás eche de menos los aplausos que le ha prodigado desde su entrada en la vida pública, ese Pueblo sobre cuyos hombros se elevó y al que ha podido abandonar de manera más digna; no lanzándole frases despreciativas y vilipendiosas.

¿Qué han hecho los republicanos de altura para mejorar la situación económica del Pueblo, fuera de la palabrería infecunda del mitín que no deja huella? Y en las Cortes ¿qué proyectos de ley han presentado? ¿Qué mejoras han conseguido? Si algunos durante la discusión de presupuestos han apuntado alguna idea útil y practicable, ¿han persistido después en desarrollarla é imponerla?

Yo conspirar contra ningún república-

no! ¿Con quién, si son contadas las veces que he visto á los que figuraban? ¿Para qué, si nunca aspiré á ocupar puesto alguno? Hice siempre mi labor aislado, sin hablar casi con nadie de política. Leía la prensa, me enteraba de lo que ocurría, y lanzaba mi juicio. Alejado de los sitios donde se cambian impresiones y se intriga, no había medio de que influyesen en mí las opiniones de los demás.

¡Pueblo! Nadie te ha fastigado tanto y tan duramente como yo, y precisamente por los mismos defectos que te echan en cara ahora los que te buscaron antes, los que te adularon, los que te pidieron la representación que hoy ponen á los pies de la Monarquía. Mas para tener ese derecho, yo no te he pedido nada, ni he aceptado nada de lo que has querido darme; yo no he encarecido tu gran sentido y tus virtudes los días anteriores á una elección, para no hacer nada por tí y escarnecerte luego.

Yo he podido engañarme, me he engañado muchas veces, mas nunca te he engañado á tí en provecho propio.

Defenderme de los ataques que se me dirijen! No; tengo quien lo haga mejor que yo pudiera hacerlo.

Héla encomendado á los treinta y tantos años que llevo luchando sin descanso por la Libertad y la República frente á la restauración.

Pensamos igual

Leo en *Tierra Gallega*:

«¡Pobre país al que tales heraldos le salen y el que tales cosas oye con la conformidad de un resignado! Nakens protesta y arremete contra *El Reformista*, de Granada, porque para defender á D. Melquíades aduce como argumento aquiles que no hay pueblo, y que el de hoy, si así puede llamarse, lo es únicamente, como dijo el gran Costa, de mansos, de esclavos serviles y de castrados. Confesamos ingenuamente que en este punto, no sabemos si quedarnos con *El Reformista* ó con Nakens.»

¡Conmigo, querido colega, conmigo!...

Comprendo que en ciertos instantes, al ver tantas decepciones por una parte y tantos apocamientos por otra, el pesimismo nos invada; pero hay que ahuyentarlo inmediatamente.

No soy ni fui nunca un fanático defensor del Pueblo: nadie como yo lo ha fastigado; mas no por esto voy á cargarle en cuenta faltas que no son suyas.

Quienes lo dirigen, esos son los responsables de casi todas las que comete; justo es, por tanto, que sobre ellos caigan las responsabilidades. ¿No recaban las alabanzas cuando, ayudados por el Pueblo, realizan algo bueno? Pues que carguen con las censuras cuando así no sea. «El superior nunca podrá excusarse con la omisión del superior.»

Esto aparte, ¿qué razón hay para culpar al Pueblo? ¿Cuál jefe lo ha llamado

á una acción revolucionaria y no ha acudido? ¿Qué sacrificio se le ha pedido y no lo ha hecho?

Contra los cargos que se le hacen, yo presento estos dos abonos;

En Barcelona, él realizó lo de la Semana Trágica. En la Coruña, él fué quien silbó á La Cierva. Sólo, sin dirección, sin jefes... ¿Qué no hará el día que se le llame por quien tiene el deber de hacerlo, y la autoridad para ordenarlo?

Si entonces no respondiera, entonces habría llegado el caso de ultrajarle, de despreciarle, de abandonarlo... Pero hasta tanto, ¡no y cien veces no!

Y menos los que, al vilipendiarle, lo hacen corriendo hacia la Monarquía en busca de lo que en nuestro campo no encontraron.

Y digo esto, *Tierra Gallega*, en mi nombre y en el tuyo; pues tu pasado te abona, tu presente te honra, y seguramente te enaltecerá el porvenir.

San Marino, España y la Argentina

El telégrafo junta en una misma información los dos Estados: la Nación católica y la República de San Marino.

Es ésta una republiquita enclavada en el corazón de Italia, y parecida á la de Andorra, aunque con menor extensión y menos habitantes.

También allí tienen la peste de los frailes (en Avila tienen la de frailes y el carbunco) y para atenuar los efectos de la peste, he aquí lo que cuenta el telégrafo desde París:

«Telegrafía de Roma que á consecuencia de haberse promulgado en la República de San Marino una ley destinando determinados terrenos pertenecientes á las órdenes religiosas á favor de algunas instituciones de beneficencia, el Vaticano ha roto las relaciones con la minúscula República y ha publicado un documento excomulgando á cuantos reconozcan la validez de aquella ley.—*Ferique*.

¡La excomunión del Vaticano!... Horror, terror, furor!

Pero no se asusten los excomulgados de San Marino. Los españoles que antaño lo fueron por causa de la Desamortización, vivieron sin novedad en su interesante salud. Dios envió á sus campos la lluvia al mismo tiempo y en las mismas proporciones y calidades que al huerto de los frailes y que al jardín de San Pedro, y... ¿cómo si no hubiera pasado nada! El cielo no hace maldito el caso de la terrible iracundia papal.

Y aun resultó que los obispos se entendieron con los excomulgados y después con sus hijos, y por tanto más cuanto han hecho una compostura, de la cual resulta que los excomulgados enriquecidos con la excomunión son ahora los ciudadanos mejor quistos del Papa; y los pobres que por respeto á sus mandatos siguieron pobres, son tratados como herejes vitandos. ¿Cómo que evita su trato y su encuentro!

Todo lo cual ocurrirá á los ciudadanos de San Marino.

El telegrama antes comentado ha corrido del brazo con este otro:

Roma

Las negociaciones hispanovaticanas van lentísimamente. Se las puede considerar semisuspendidas.

Circula el rumor de que la Santa Sede pretende someter á una Comisión de cardenales el estudio de determinadas peticiones de España.

El Sr. Calbetón se dispone á marchar á veranear en Varese, cerca de la frontera suiza.—*Tedeschi*.

La Santa Sede, por lo que se ve, no tiene prisa en responder á los requerimientos de España, aun cuando van presentados con la ceremonia de rúbrica y por el Embajador del monarca católico. Está muy seguro el Vaticano de que no surgirá ningún Duque de Borbón resuelto á pasar á saco la Ciudad Santa. Así es que no tiene prisa.

¿Para qué?

Las prisas las tenía antes, cuando se le hacía respetar el Concordato y el Nuncio tenía que andarse con pies de plomo.

Ahora que se ha hecho dueño de toda España, ¿qué prisa puede tener en oír las reclamaciones sobre los abusos de su dominio?

¿De cuándo acá tiene la Iglesia prisa de pagar sus deudas, ó de sustituir lo mal aquirido, ó de poner límites á sus desenfrenos?

Seguramente Bartoldo no hallará árbol donde ahorcarse ni día á propósito para cumplir su deber.

España es España.

En algo ha de conocer la Nación Católica que tenemos de Secretario de Estado el Papa al español Merry del Val, y en la Curia Romana al capuchino Vives...

Para estrujarnos y después ponernos en ridículo.

Estas acciones son muy propias del Vaticano, y muy propio de nuestro Estado tolerarlas.

Vayase á veranear tranquilo nuestro Embajador. Mientras él y el Nuncio cobren puntualmente los sueldos y gajes del oficio ¿qué prisa han de tener por los negocios nacionales?

En la República Argentina, ya no es el Papa quien excomulga á los compradores expoliadores de bienes de los frailes; es el pueblo quien excomulga al Nuncio del Papa como jefe de los frailes expoliadores de los bienes del pueblo.

El pobrecito Monseñor Sibilia, que tan jactancioso paseaba por nuestra calle de Alcalá y por el paseo de Recoletos su gentileza, ha sido agredido por el populacho católico de aquella tierra, salvando á duras penas el pellejo.

Y eso que el Monseñor hace tiempo aconsejaba á los frailes convertir en dinero invisible las grandes fincas acaparadas.

Con que ya lo vemos: ni en San Marino ni en la Argentina puede hacer el Vaticano lo que quiere.

Sólo en España ocurre que el pueblo, al verse desballado, abre sus filas respetuosas al paso del landó del señor Nuncio, y emigra muy resignado diciéndole á la milicia eclesiástica:

—Que os aproveche.

R. MAYOL

“SOTANAS CONOCIDAS”

Semblanzas de eclesiásticos españoles contemporáneos por

José Ferrándiz

230 PÁGS. ARTÍSTICAMENTE

IMPRESAS: DOS PESETAS

Sin tiempo para hacer la crítica de este libro del lancinante Ferrándiz, vaya el anuncio de su recibo como reclamo.

Lo que callan los diarios

Cada vez que tomo un periódico y leo unas líneas en que se expresa una falsedad (aunque sea en anuncio de pago) se enrojece mi rostro y mis nervios dan un latigazo que parece que cruza mi cara de periodista antiguo.

No, los Diarios, no. Ni aun pagando pueden ni deben decirse cosas falsas y más aún si perjudican á tercero.

La misión civilizadora de la prensa vendida por el importe de veinte líneas, es su prostitución y su descredito, es...

Pero basta de lirismos inútiles y vamos al asunto. Ustedes recordarán que hace tiempo denunció un concejal republicano la existencia de peces en el embalse que la Sociedad Hidráulica Santillana tiene en Colmenar. Es público que el embalse estuvo casi seco y público también que á él concurrían las aguas sobrantes de una fábrica de papel, parada unas veces y en marcha otras, á pesar de que embalse y fábrica pertenecen á la misma Sociedad y ésta sabe que las aguas son para el consumo público.

Pues bien, sabiendo todo esto, leo en un diario el siguiente anuncio:

SOCIEDAD «HIDRAULICA SANTILLANA»

«Esta Sociedad suministra agua á domicilio con la presión suficiente para llegar á los pisos más altos. El agua procede de la sierra del Guadarrama y es traída á Madrid en canalización cerrada y se suministra filtrada y aireada.»

¿De modo que en canalización cerrada... filtrada y aireada?...

Esto me recuerda la definición del cangrejo que daba un examinando: «El cangrejo es un pez colorado que anda hacia atrás», y el profesor le dijo: «Aparte que no es pez, ni colorado, ni anda hacia atrás, no está mal definido». Y esto decimos del agua: aparte de que la parte de canal no está cerrada, que no se filtra, ni se

airea, en lo que á canal de abastecimiento de Madrid se refiere, no está mal.

¿Quieren ustedes la prueba? Beban agua de la Hidráulica y la notarán con tinte amarillo, sabor á cieno y... dolor de tripas seguro.

¿No hay laboratorio municipal? ¿No hay ningún servicio de vigilancia para un líquido de tanta importancia para la salud pública?

¿Es que tienen los dueños de la Hidráulica derecho de vidas y haciendas?

Y para terminar. ¿Qué se apuestan ustedes á que el diario que publicó el anuncio, tal vez con inocencia, no publica estas líneas que le pienso mandar en propia mano?

JUAN PÉREZ

Brutalidades de la fe

Hace años existía en un pueblo cercano á Dijón (Francia) una solterona, Francisca Sauvestre, que pasaba por hacer milagros y curaciones, gracias á la intervención de Santa Filomena.

Murió hace seis años, pero la fe en su poder continuó. Su tumba convirtióse en objeto de peregrinación y pasó también por milagrosa.

Una tarjeta postal que representaba esa tumba se vendió por millares, lo mismo que un folleto relatando los hechos prodigiosos debidos á Francisca. Con esto aumentó la influencia de la fe.

El obispo de Dijón prohibió en Febrero último el culto de «la santa».

Pero esto no quitó ni un partidario á la difunta. Sus devotos, pretendiendo que su cuerpo estaba incorrupto, exigieron que se abriera la sepultura. Así se hizo el viernes último; mas, ¡ay! solo se encontró parte del esqueleto.

Entonces se produjo una escena propiamente católica. Varios de los devotos de Francisca bajaron al hoyo y restregaron unos sus pañuelos y otros sus cruces y sus medallas en las cenizas de la difunta, para friccionar á los enfermos presentes; otros recogieron restos del cadáver, los mezclaron con agua y se la bebieron.

Los cirios y velas encendidos sobre la tumba fueron recogidos por los creyentes, que se los llevaron, por creerlos dotados de virtud propiciatoria.

¿Me extraña nada de eso? No. Son muy católicas y frecuentes esas ceguedades de la fe.

¿Y cómo podría extrañarme, si estoy viendo en el republicanismismo español tantos casos parecidos?

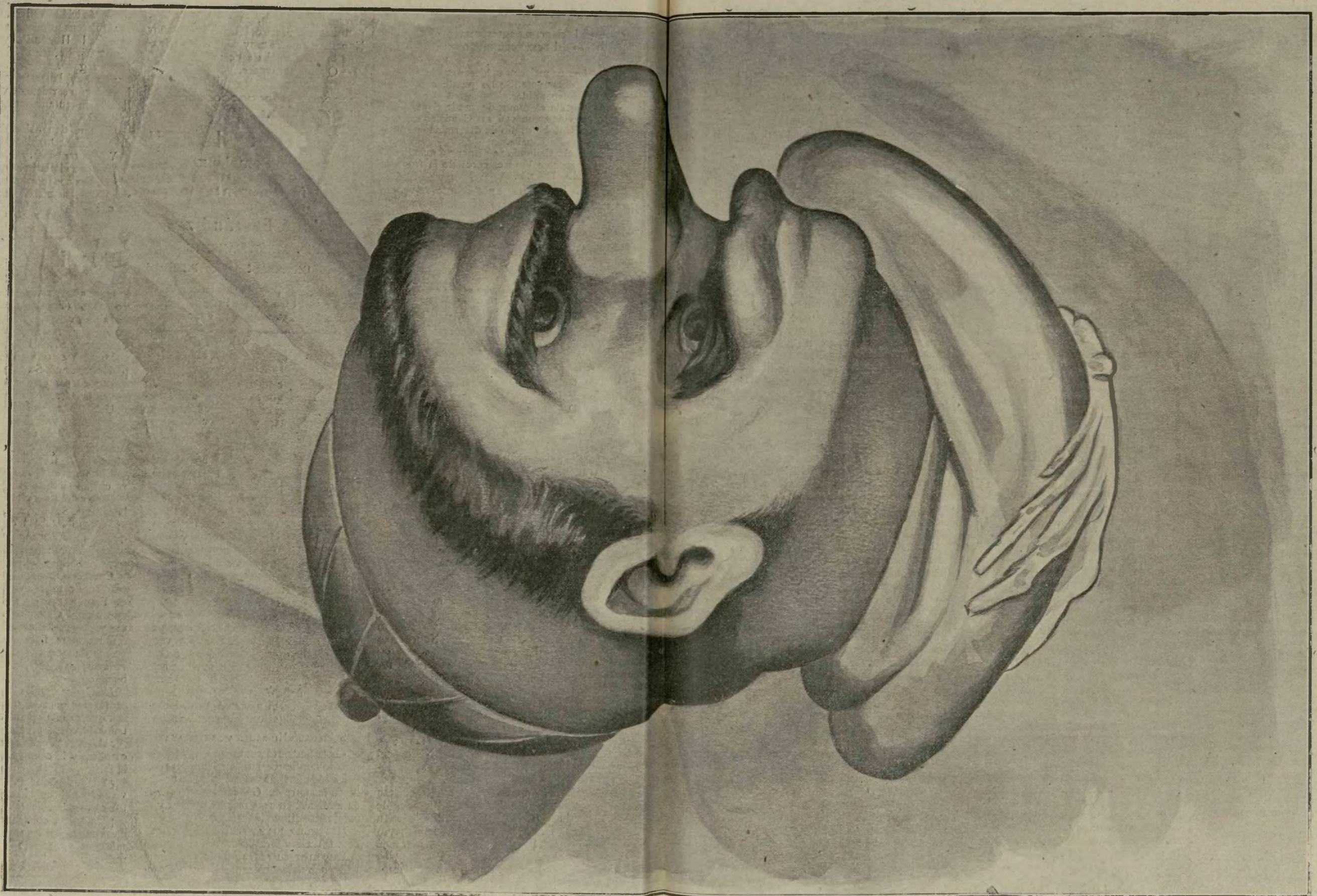
¿Cualquiera convence á ciertos individuos de que su respectivo jefe no hace milagros, aunque no le haya visto hacer nunca ninguno!

LA RELIGION
al alcance de todos

Una peseta

EL MOTIN

POR AQUI, CURA



POR AQUI, CARLISTA

TOTAL, IGUAL

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior..... 4178'53

Del Centro Republicano Español de Buenos Aires.

Dr. Toribio Sánchez, con 100 pesos, moneda nacional Argentina.—Martín García, con 25. Andrés Valverde, con 20.—Baldomero Pujadas, Justo López, Juventud Republicana Española, con 10'00.—Narciso Figueras, con 7'00.—Pedro Rodríguez Ageitos, con 6'75.—Domingo Rodríguez, Juan Hora, Manuel Pérez Pradas, Hipólito G. de Andoin, Antonio Guede Núñez, Venerando Gómez, Ángel Lobeto, Francisco Romarís, José Campos, González Barrio y compañía, con 5'00.—Gerardo Rodríguez Almoguer, Luis Rey Romarís, Modesto Carballal, con 4'50.—Juan Pons, con 3'00.—Ángel Padrós, con 2'75.—José Vázquez, Emilio Rodríguez, Tiburcio Ibañez, Toribio Barrios, Martín Osés, Jacinto Rovira, Miguel Ruiz, Pedro Giménez, Ramón Jobert, Rafael Solivella, Bernardino Lázaro, Vicente Lázaro, José María Arca, Abelardo Bonilla, Manuel Armes toy, Ramón B. Fernández, Antonio Aparicio, con 2'00.—Manuel Caramés, con 1'50.—P. Marañón, Clemente Ramiro, Francisco Aguilar, Ernesto Colomé, Antonio García, con 1'00.—Constantino Iglesias, Martín García, Constantino Iglesias Fonce, con 0'50.—Total 300 pesos equivalentes a..... 714'40

Francisco Estéban Gómez (Corte Concepción)..... 2'00

León Peg, 2'00.—Roque Pola, 1'00.—Jenaro y Pepito Delgado, 2'00.—Ramón Olivera, 1'00.—José Jarne, 0'50.—Gaspar Citoler, 0'50.—Mariano Navascués, 0'50.—Bernardino Bailín, 0'50.—Salvador Goñi, 0'30.—Antonio O.ús, 0'25.—Manuel Costas, 0'50.—José María Pérez, 0'20.—Federico Ferraz, 0'20.—Simeón Omella, 0'20.—Eugenio Correas, 0'20.—Pedro Citoler, 0'30.—Jose María Tiers, 0'30.—Maximino José, 0'20.—Eliás Ruiz, 0'20.—Ángel Pueyo, 0'25.—Luis Ameila, 0'25.—Eduardo Turón, 0'20.—Teodoro Gil, 0'20. (Todos de Huesca) 11'75

Suma y sigue..... 4906'68

Suma anterior..... 4906'68

Francisco Zaragoza (Torrevieja)..... 1'00

Recaudado por la Juventud Republicana de San Sebastián entre sus afiliados..... 46'20

Por el periódico *La Voz de Guipúzcoa* del mismo punto. Palmira Alarcos (Campo Crip-tana)..... 2'00

Manuel L. de la Rica (idem).. 1'00

José Barrero Merino (Calañas) 0'50

Juan Fernández (idem)..... 0'50

Vicente Blasco (Sagunto).... 1'00

E. G. F. (Torralba de Calatrava)..... 0'50

Enrique Sancho, 0'25.—Ricardo Cebolla, 1'00.—Simeón Clement, 0'50.—Tomás Bó, 0'50.—Francisco Tomás, 0'25.—Ramón Cuenca, 0'25.—Emilio Aguilar, 0'25.—Julían Borja, 0'50.—Saturnino Ferri, 0'25.—Ergasto Granell, 2'00.—José Velis, 2'00.—Ricardo Ferrer, 0'50.—Jaime Estruch, 0'50.—Bautista Bolufer, 0'50.—Francisco Alcaniz, 0'25.—Simón Ferri, 0'50.—J. F. 0'50.—Emilio Artal, 0'25.—R. A., 0'25.—Bautista Penadés, 0'50.—Juan Gandía, 0'50.—Daniel Mari, 0'50.—Primitivo Viel, 0'50.—Vicente Aznar, 0'25.—Cándido Fayos, 0'50.—Ruben Fayos, 0'50.—Juan Martínez, 1'00.—(Todos de la Juventud Radical de Sueca)..... 15'25

Pedro Castrelo (Rio Grande Brasil)..... 1'00

Manuel García A'arcón (Granada)..... 2'00

Vicente Fos (Sueca). 5'00

J. Rodríguez, 5'00.—J. Pastur, 5'00.—N. Rives, 5'00.—M. Pi-quer, 5'00.—M. Vililla, 5'00.—Á. Santalucía, 5'00.—Santos Ochoa, 5'00.—Gervasio Miñana, 5'00.—Pedro Andrés, 5'00.—José Espun, 4'50. (Todos de la Habana)..... 49'50

Antonio Rodríguez Lorenzo (Orense)..... 1'00

José García (idem)..... 2'00

Suma y sigue... 5043'13

Progresos del Requeté

El ejército ese de carlistas pontificios, hahecho su debut en Aldaya (Valencia) con todo el ceremonial católico.

Por la mañana comunión general, con jura de bandera, misa y sermón en que se hizo profesión de fe carlista: amar a Dios llevando en una mano el rosario, en la otra el *gayato* y el revólver en la cintura.

Por la tarde mitin revolucionario-pia-doso y ejercicios de tiro al blanco.

El blanco no fueron esta vez los repu-blicanos: fué la Guardia civil que daba es-colta á la Custodia el día del Corpus.

Fueron agredidos un cabo, un guardia y el teniente de la fuerza. El guardia sa-lió herido de bala browning que le dejó casi atravesado.

Como presunto culpable fué detenido un carlista-católico, que funcionaba co-mo alcalde de barrio.

El Padre Santo, puede enviar su ben-dición apostólica y el Arzobispo su ben-dición episcopal por esta nueva hazaña de los que he combatido casi sólo desde la restauración.

Un Ejército clandestino

A defenderse tocan

El acto de barbarie cometido por los carlistas de Aldaya no puede ni debe que-dar en veinticuatro horas olvidado como cualquier suceso sangriento, ni puede pa-sar sin que llamemos sobre él la atención del Gobierno y de la opinión liberal es-pañola.

Se trata de algo más grave, mucho más grave que una página criminal, en que intervienen las autoridades y falla la justicia; es el aviso número mil de un gravísimo y tal vez inminente peligro que puede amenazar, no ya la seguridad del Trono, que eso no nos importa un ardite, sino la libertad de los ciudadanos y la integridad de la Patria.

El partido carlista no es una integridad política revolucionaria que, como todos los elementos enemigos del Régimen, lu-che, en uso de su legítimo derecho, fuera de la legalidad, exponiéndose á las con-tingencias de la severidad de las leyes y de la persecución de los encargados de hacerlas cumplir.

Si fuese así, nosotros seríamos los pri-meros en reconocer su derecho, porque, fieles á nuestros principios igualitarios, creemos que todas las causas, por absur-das que sean, pueden defenderse.

Pero el partido carlista es una excep-ción irritante dentro de los partidos re-volucionarios; goza de la tolerancia de los Gobiernos, de la inmunidad de las le-yes y de la indiferencia, cuando no de la protección de las autoridades.

Se tolera que el clero, organismo del Estado, adscrito al Presupuesto nacional, facilite y fomente su organización políti-ca desde los pulpitos de las iglesias, y or-ganice procesiones y solemnidades reli-giosas, que son otros pretextos para la propaganda de la causa del Pretendiente y para la expansión del entusiasmo de sus secuaces.

Tal lenidad contrasta con el exceso de de celo, rayano en la intemperancia y en el abuso, y con dolorosa frecuencia en la injusticia, desplegado por el Gobierno y por sus agentes para oprimir á republica-nos y socialistas é impedirles la celebra-ción de sus actos legales de propaganda y de protesta pacífica.

Es incontable el número de mítines y de manifestaciones prohibidos á los ele-mentos populares en todas partes.

En cambio, no ya estos actos pacifi-

cos, sino verdaderos movimientos revolucionarios, con derramamientos de sangre y agresión al elemento armado, pasan inadvertidos para el Poder público, y, si la justicia interviene, sorprende a la opinión indignada el sobresalmiento de la causa y la libertad de los culpables.

El llamado general Moore, que, como jefe de una sedición probada, debió morir, con arreglo a las leyes vigentes, en el foso de Montjuich ó en la emigración, por lo menos, ha expirado tranquilamente en su casa de Cataluña, rodeado de los suyos, como cualquier ciudadano pacífico.

No es sólo la organización política del carlismo la que no tropieza con ninguna con ninguna dificultad emanada de las esferas oficiales; es también su organización militar, preparatoria de la realización de sus sediciosos planes.

Por las calles de las ciudades circulan sus «requetés» armados y equipados marcialmente, con bandera y música, lo mismo que las unidades de nuestro Ejército.

Cuando les da la gana perturban la tranquilidad de una población, haciendo ejercicios bélicos y hasta supuestos tácticos.

Ni siquiera se toman la molestia de llevar las armas ocultas, sino que las exhiben y hacen uso de ellas, como acaba de ocurrir en Aldaya, válidos de la patente en corso que les otorgan los Gobiernos.

Son un Ejército, con todas las preeminencias del Ejército de la Patria.

Y ya es hora de que si los Gobiernos no proceden a su disolución, procedan los elementos avanzados, organizando contraguerrillas que repelan la agresión con la agresión y la fuerza con la fuerza.

Sorprendan al Trono en buen hora; pero el pueblo debe estar apercebido para evitar que ni por un momento puedan triunfar sus ideas absolutistas.

A los «requetés» carlistas hay que oponer los socialistas y republicanos.

Y vengan cuando quieran los acontecimientos.

España Nueva

¡Viva la religión!

A propósito del hambre en perspectiva á causa de la escasa cosecha de cereales, hablemos de la coronación de la Virgen de las Angustias en Granada.

El metálico recaudado alcanza á más de 60.000 pesetas, y las alhajas importan más de 300.000.

La corona será construida según el modelo presentado por la casa Marabini de Madrid, colocando en ella todas las piedras reunidas, las demás que ingresen y las que se compren con dinero de la uscripción hasta fin del presente mes.

El precio de la construcción es el de 25.000 pesetas.

Al Sr. Marabini se le han entregado: gramos, 6 249 de oro en barra, de ley, de

900 y de 593 céntesimas; 1.155 brillantes; 2.419 diamantes y rosas; perlas, 2.713; esmeraldas, 240; rubies, 266; granates, 94; topacios, 93; zafiros, 9; amatistas, 12; jacintos, 1. Total, 7.092 piedras preciosas.

Cuando leo noticias como esta, me entra una tristeza tan grande por no pertenecer á una religión que tales abnegaciones inspira, que hasta me olvido de los soldados que se batían en Africa sufriendo penalidades que se remediarían con dinero.

Me parece que voy á decidirme á pensar en si debo ingresar en el catolicismo, para rozarme con personas tan generosas, tan altruistas, tan egoístas y tan débiles.

Desde París

Ante el "Sacré-Cœur,"

Dios no está ahí; eso no es más que una provocación á la razón, á la verdad, á la justicia, un edificio colosal que han elevado lo más alto que han podido, con una ciudadela del absurdo, dominando á París, á quien insulta y amenaza.

Emile Zola. «París».

Hemos subido valientemente la cuesta de la rue Rochechouart, y á paso más que ligero nos encaminamos á la «butte».

Pasamos por debajo de una especie de gruta muy sucia y ascendemos por un empinado sendero que culebrea graciosamente entre el verde césped.

Son las cuatro de la tarde, de una tarde de domingo parisién, de sol pálido, triste, que á veces se oculta mientras un aire húmedo, que nos inquieta, azota nuestros rostros y amenaza con llevarse los sombreros.

El cielo se cruza de nubes negruzcas, muy bajas.

Hemos querido subir por el funicular, pero nuestro amigo y *cicerone* se ha negado, intrigándonos con el anuncio de una sorpresa agradable.

De pronto, á un recodo brusco que hace la senda, de espaldas á una valla de tablas, vemos una estatua de bronce que aviva nuestra curiosidad.

¿Será algún San Antonio, á cuyos pies se arrodillen estas francesitas de caras de diablos, mientras sus labios pícaros musitan un luego fervoroso para que el santo proteja sus amores ilícitos?

Ya estamos cerca de la estatua y podemos contemplarla á nuestro sabor. Sobre un blanco pedestal, alto y de severa sencillez, tenemos ante nuestra vista la imagen más intensa del dolor y de la injusticia que jamás vimos. Un desgraciado está atado á un madero; su rostro, contorsionado en una mueca de horrible sufrimiento; su rostro joven, hecho para expresar las divinas emociones del amor; su boca, que debía abrirse en una carcajada de divina alegría, se retuerce en un ¡ay! lastimero; y sus ojos, que debían mirar francamente á la luz, porque á su edad ellos también son luz, se cierran ante la fuerza sobrehumana del dolor que martiriza sus pobres carnes, que dejan al descubierto los giros de su traje.

Sobre el pedestal, una inscripción lacónica nos dice:

AL
CABALLERO
DE LA BARRE
MARTIRIZADO Á LA EDAD DE DIECINUEVE AÑOS
EL 1.º DE JULIO DE 1766
POR NO HABER SALUDADO
Á UNA
PROCESIÓN

En el madero, por encima de la cabeza del martir, esta única frase: «¡impío!»; á los pies, un libro que, al caer, se ha abierto. Casi cubriendo el pedestal una brava vegetación, flores, muchas flores; flores blancas, como la pureza; flores rojas, que son amor.

Es la Naturaleza que, sabia y justa, ofrece su noble tributo al desgraciado.

Arriba, en la basílica, una multitud de extranjeros dirigen sus largos gemelos en dirección á París, nombrando en voz alta los monumentos que descubren.

De la media docena de barracas que se agrupan alrededor del edificio inmenso, sale un estruendo ensordecedor formado por los gritos de los vendedores y los estridentes sonidos de los escandalosos pianos mecánicos.

En estos bazares formados de tablas se pueden comprar convenientemente benditos por el obispo, en representación del Santísimo Padre cuantos objetos desee el caprichoso turista. Lo mismo se pueden mercar unas pillillas de agua bendita, que unas ligas de adorno caprichoso para encanto de la *cocotte* más genti, ó un gramófono que distraiga las sesudas veladas del burgués parisién.

En el fondo, la *butte* no es sino un grupo de comercios de distinto género, abiertos al público; si para gozar del funicular hay que dar un *sou*, para alcanzar la salvación del alma se precisa soltar también unos cuantos francos, lo mismo que para adquirir cualquiera de los *recuerdos* que se despachan en los barracones. Hay que pagar un franco para subir á la torre y medio franco para bajar á la cripta. Igualmente os estafan en los dos establecimientos. Si después de haber visitado la cripta, aseguráis que lo que *no habéis visto* no merece la pena de perder el tiempo ni el dinero, no os quejaréis menos de que el joyerito de plata garantizada que inocentemente habéis adquirido, á los ocho días sea de un metal amarillento que hace que lo tiréis á la basura.

En esta altura bendita, Mercurio, Dios pagano de los comerciantes y de los ladrones, se da la mano con Jesucristo, el que persiguió á cintarazos á los vendedores que manchaban el templo.

Después de todo, aquí no hay ni paganismo, ni cristianismo. Lo que únicamente domina es un mercantilismo desenfadado, loco, que repugna é indigna.

De nuevo estamos ante el monumento expiatorio. Recordamos los crímenes mil que la religión, que todas las religiones, han cometido siempre que su poder ha sido incontestable é incontestado.

En mis oídos resuenan formidables los versos del gran Voltaire, contra los inquisidores de toda laya:

Je n'ai point tort quand je déteste
ces assassins religieux
employant le fer et les feux
pour servir le Père céleste. (1).

(1) No hago mal cuando detesto—á esos asesinos religiosos—que emplean el hierro y el fuego—para servir al Padre celeste.

Asesinos, sí. Nos lo están diciendo en este momento mismo esas cuerdas que se introducen en las piernas del pobre caballero De la Barre; esa cadena que le raja al pecho, con la que fuertemente se sujeta su cuerpo al madero; ese «impío» que parece como si fuese el resumen de todos los crímenes, de todos los horrores, de todas las vergüenzas; esa inscripción que, en su sequedad, parece el brasero donde se consumirá el pobre miserable.

Mientras en las cien mil iglesias esparcidas por el mundo, cien mil sacerdotes repetían esta frase divina: «¡Amáos los unos á los otros!» los llamas rodeaban al joven caballero, sus carnes se abrasaban, él terminaba por no ser sino una antorcha más que iluminaba el palacio arzobispal. al igual que los esclavos en los banquetes de los decadentes emperadores romanos.

¡Amáos los unos á los otros! En tanto que el viento esparcía las cenizas de Juan Huss, de Giordano Bruno, de Miguel Servet, de los hechiceros de once años y de las hechichéras de catorce, víctimas todas ofrecidas en honor del Dios grande y misericordioso, del Dios de amor y de perdón, del Dios que ama á las mujeres, á los viejos, á los niños...

A los pies, un libro. ¿Hay nada más claro? Para que la religión pueda triunfar, prohibición absoluta de leer, de pensar, de escribir. Pena de muerte á quien lo intente. Como á Bruno y como á Servet os vestirán de amarillo, os cubrirán con un gorro puntiagudo, y os colgarán del cuello el libro que hayáis tenido el atrevimiento de escribir. Cada cura, cada obispo, cada papa, tendrá en la mano la antorcha con que prender fuego á la pira.

La Universidad es incompatible con la Iglesia. Abrid una escuela, y cerraréis un convento.

Elevar el libro á la altura precisa de los ojos, para que éstos puedan leerlo con fruición y las manos sostenerlo con cariño, y la ignorancia pertenecerá al reino de las cosas que fueron, y sin ignorancia no hay religión positiva, ni fanatismo, ni cobardía de espíritu.

Por lo tanto, no hay Iglesia posible.

La SABOYANA, la gran campana de la batalla, deja oír bruscamente su voz metálica, interrumpiendo nuestras reflexiones y volviéndonos á la realidad.

Apartamos disgustados la vista, que por un momento habíamos fijado en sus cúpulas; se nos antoja que tienen reflejos amarillentos de oro, y negruras de alma de jesuita.

Por última vez posamos amorosamente nuestros ojos en el mártir, y arrancando una de estas rojas flores de pasión que crecen á sus pies, la besamos antes de colocarla en nuestra americana.

Descendemos lentamente hacia París. La tarde está clara; el sol ha vencido á las nubes. La gran ciudad se nos aparece envuelta en una gloria de luz que nos habla de justicia, de libertad, de fraternidad.

HERMÓGENES CENAMOR VAL

Acción heroica

Un marista ha sido arrollado por el tren en Moncada. Procedía de Vich, y se dirigía á Burgos con los niños.

Estaba en la estación para tomar el tren de la Compañía del Norte: uno de los niños se acercó á la vía cuando llegaba el convoy, y al intentar el marista apartarle del peligro, dió un mal paso y fué arrollado.

Acto hermoso, ejecútelo quien fuere. Lo aplaudo entusiasmado.

Las tropas pontificias

Mientras los requetés de Valencia la emprenden á tiros con la Guardia civil, los «suizos» del Vaticano se amotinaron contra sus jefes.

Todo muy católicamente, según dice la prensa del día 19, en esta forma:

«Suizo había que lanzaba maldiciones heréticas que hacían enrojecer hasta á los blancos mármoles del sagrado lugar. Los «suizos» querían ahorcar al capitán, y ya estaba éste al borde del sepulcro, cuando acudieron otras tropas vaticanas, que lograron poner paz entre los exaltados combatientes.

El capellán de la guardia, monseñor Corregioni, salió disparado en busca de Merry del Val, para darle cuenta del escándalo.»

¡Donosas blasfemias serían las salidas de un soldado pontificio y proferidas en el corazón del Vaticano!

¡Viva el Papa-rey!

Y ¡vivan los «suizos»!

Los santos hogares

I

De ventana á ventana

—¡Colasa!

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿Qué haces?

—Estoy limpiando los cubiertos. ¿Y tu señora?

—Se está peinando, se va á la iglesia.

—También la mía: hoy tienen junta las de la catequesis.

—¿Y qué es eso?

—No sé: enseñan la doctrina y les dan pañuelos, camisas, alpargatas, una porción de cosas!

—Menos mal...

—Y de esto, ¿qué tal? (Hace signos de comer).

—Como siempre, hija: escasito.

—Aquí hay días: unas veces mucho y otras poco... Según anda el *parné*.

Una voz dentro:

—¡Colasa!

—¡Voy! Me llama la señora: ¡Hasta luego!

—¿Saldrás á la noche por agua?

—Sí, á las ocho: espérame.

La misma voz de antes.

—¡Colasa!

—¡Voy! ¡Voy!... Hija, no puede una ni respirar...

II

En el segundo derecha

—¿Qué hacía usted en la ventana de la cocina?

—Estaba hablando con la chica de al lado que me preguntaba qué hora era.

—¿No tienen relojes en su casa? Ya le he dicho á usted cien veces que no quiero tratos con los vecinos, y menos con esos... El marido es un perdido que se acuesta todas las noches á las tantas; el hijo un borrachín, que ha llevado ya cinco criadas á la maternidad, y la señora una holgazana chismosa capaz de levantar un caramillo al Divino Verbo... Que no se lo tenga que decir á usted otra vez...

—Señorita, es que...

—¡Basta! Aquí se hace lo que yo mando y se acabo... Recoja usted esas enaguas y póngalas en el cesto de la ropa sucia, y cepílleme usted bien la falda de barro... Y vaya usted á buscar los buñuelos para el desayuno del señorito... ¿Dónde tiene usted los ojos? ¡Animal! ¿No ve que me está pisando la falda?... ¡Valía más no sé qué que tener que lidiar con ustedes!...

III

En el segundo izquierda

—¿Con quién hablaba?

—Con la muchacha del vecino: me pedía un poco de perejil...

—¿Que lo compren! Con los polvos que lleva la señora en la cara hay para comprar dos toneladas... Todo eso no son más que excusas para husmear... No quiero que tenga usted trato ninguno con esa gente... Han dado ya mucho que hablar en la casa... La señorita ha tenido más de catorce novios, y hasta dicen que ha dado á luz ya dos veces... A mi hijo quisieron engancharle, y lo hubieran logrado porque es un angelón, pero estaba yo aquí para apagar los fuegos... El amo es un tío sin pizca de vergüenza que presta al ochenta por ciento, y ella tiene una lengua como una arpa... ¡Dios me libre de tener tratos con esa gentuza!... Mi casa es una casa cristiana y religiosa, y nuestras relaciones son todas escogidísimas... Ya lo sabe usted; punto en boca, y si los encuentra en la escalera, ni los buenos días... Frote usted un poco con la franela estos zapatos... Búsqueme usted el dedal que voy á darle un punto á este guante... Antes de que se levante el señorito ya estaré yo de vuelta... Aclare usted las servilletas, y póngalas á secar... ¡Ay! En todo tiene una que estar...

IV

En la escalera

—¡Buenos días, doña Irene!

—¡Dios la guarde, doña Gertrudis!

—¿A misa, eh?

—Sí, hoy tenemos la comunión de turno. ¡Hay tantos pecados!

—Y nosotras Junta... ¡Cada día hay menos religión!

—¿Qué pocas hay como nosotras!

—¡Ya puede usted decirlo!

—Aquí mismo, en esta casa hay cada misterio!...

—Aquí no hay ni tres vecinas decentes.

—¿Tres? ¡Ni dos!

—¡Señora! Que yo vivo en la casa...

—Dispense usted, me refería á las otras... Me voy, porque es tarde.

—Vaya, ahur... Pídale á San José por mí.

—Si que lo haré; y usted encomiéndeme al Sagrado Corazón.

—¡Vaya con Dios! ¡Valiente farsanta estás hechal!

—(La que no te conozca que te compre, mala pécora.)

.....
¡Oh, los santos hogares!

FRAY GERUNDIO

El corazón de Jesús y el corazón del jesuitismo

En la campaña contra el «negocio de los tranvías» de que habla la prensa, dice *El Socialista*:

«*El País*, *El Correo* y *España Libre* han entrado en acción secundando nuestra campaña contra el despojo que proyecta la Compañía de tranvías de Madrid.

En cambio prosiguen silenciosos los periódicos católicos y reaccionarios.

¿Será verdad que en esa Empresa manejan los jesuitas?»

Ahonde por ahí el colega. Y si aparece la zarpa jesuitica ¡duro con ella!

Hasta repetir los escándalos de Lavallette.

El Diente del Santo

Para que no se me trate de hurto ni de irreverencia, he de advertir que no es mío este chascarrillo. Contáronse en la propia catedral de Jica al sabio y virtuoso dean Sr. Sengorrin unos labios regios, de estirpe que goza fama de ingeniosa.

Estábamos comentando una costumbre tradicional en la calesera de la diócesis jacetana: cuando llegaba la época de pertinaz sequía, se sacaba de su urna el cuerpo de Santa Orosia, y se ponía de pies en el agua. A fuerza de mojaduras, acabaron por desaparecer los pies. Para evitar igual desgracia al resto de la santa reliquia, se resolvió encerrarla en una urna de cristal, y desde entonces se introduce la urna en en el agua y se evita la destrucción de la reliquia.

Con este motivo se recordó el chascarrillo de aquel rey viajero, y como yo no lo conociera, me lo contaron en plena catedral también; igual que os lo cuento.

En Burgos hay una costumbre peor que la jacetana: cuando sobreviene una pertinaz sequía, cogen el cuerpo de San Frutos y lo meten en el agua... no de pies, ¡sino de cabeza!

Una vez, sobresaltada la gente porque raras veces mucho tiempo sin llover, sen-

tenciósese á San Frutos al consabido chascarrón. Ejecutada la sentencia, vióse á poco aparecer un nublado enorme, y poco después comenzaba á llover copiosamente.

¡Milagro! ¡Milagro! exclamaba la multitud!

Y entre laudes y letanías fué devuelto el Santo á su morada.

Pero la gente volvió á sobresaltarse. Llovió el día del remojón... Y al otro, y al siguiente...

Si antes las cosechas estuvieron á punto de perderse por falta de agua, luego lo estaban por sobra. Aquello parecía una repetición del diluvio universal...

Loca andaba la gente, preguntándose la causa de lluvia tan persistente y perjudicial. Hubo quienes queriendo matar aquella costumbre, hizo correr el rumor de que aquella lluvia era un castigo del Santo por haberle chapuzado irreverentemente; un fanático quiso que se volviese á remojar al Santo.

Por fin, un devoto, hombre ingenioso, tuvo la ocurrencia de ir á revolver donde se había remojado la reliquia.

Y dió con la causa de aquel loco temporal de agua...

Era, sencillamente, que á San Frutos se le había caído una muela en el agua...

Y hasta que la muela no se puso en seco, no paró de llover...

EL BACHILLER CORCHUELO

(*El Noroeste*)

El párroco de Caboalles de Abajo, don Baldomero Suarez, se ha suicidado, degollándose con una navaja de afeitar.

Se dice que tenía perturbadas sus facultades mentales.

No me cabe duda: ¿cura y suicidarse?

Si hubiese sido jornalero del campo, minero, etc, entonces si lo comprendería.

Sevillanas

Leo, corto y pego de un periódico local la siguiente noticia inserta en la edición de la noche del 16 del actual:

La fiesta de los marinos

«En la parroquia de Santa Ana, que se encontraba exornada en la forma descrita en nuestra anterior edición, se ha verificado esta mañana la solemne función dedicada á su Patrona la Virgen del Carmen, por el cuerpo de la Armada.

La misa, que revistió gran solemnidad, fué dicha por el cura ecónomo de aquella parroquia, D. Bernardo Guerra Calzadilla, é interpretada por un sexteto y la banda de la columna infantil de Marinería, la cual ejecutó la Marcha Real en el momento de la Elevación.

Los estrados colocados en el crucero fueron ocupados por el gobernador civil, señor Cabrerizo; general de división, señor López Ballesteros, señor Mensaque, en representación del Ayuntamiento.

Del cañonero «Ponce de León» concurren el segundo comandante, señor Gó-

mez; el oficial, D. Vicente Pérez, y un cabo de cañón de primera y cuatro números con armamento que constituyen la escolta que dió guardia en el presbiterio.

En la nave central del templo formó la columna infantil de Marinería, colocándose á la derecha de la cruz los gastadores y bandas de cornetas y tambores, y á la izquierda la fuerza restante.

Terminado el santo sacrificio y ocultado el Santísimo Sacramento, las autoridades y marinos salieron á la puerta del templo, desfilando la columna con gran marcialidad y precisión, dirigiéndose á las escuelas Reina Victoria, en uno de cuyos patios centrales ejecutó distintas manobras, siendo muy felicitada por el comandante del puerto, Sr. Vega.»

Leo, corto y pego igualmente esta otra noticia dada por el mismo periódico en la edición de la mañana del día de hoy; diez horas después que la anterior:

Abordaje en el Guadalquivir

«El Torre del Oro» embiste al cañonero «Ponce de León»

«El cañonero de nuestra marina de guerra «Ponce de León», ha sufrido en la madrugada de hoy varias averías, por fortuna no de importancia, que le fueron causadas por el barco mercante de esta matrícula «Torre del Oro», de la Compañía Sevillana, con el cual chocó en la Punta de los Remedios.

El cañonero había recibido órdenes de zarpar con rumbo á Algeciras y, listo ya, levó anclas á las cuatro de la madrugada, efectuando su viaje sin novedad hasta llegar á dicha Punta. en cuyo sitio se encontró al «Torre del Oro», que venía en dirección contraria hacia Sevilla.

No se sabe cómo ocurrió el accidente, pero según se deduce de las referencias facilitadas por algunos de los que lo presenciaron, el barco mercante al divisar al cañonero intentó dejarle paso franco, revirando levemente, pero no pudiendo impedir que su proa tropezara con la del buque de guerra.

El «Torre del Oro» entonces paró su máquina con objeto de prestar auxilios al cañonero.

Este tenía abollado el casco cerca del espolón y por el agujero penetró gran cantidad de agua.

Don Pedro Sanz, comandante del buque, ordenó que éste fuera embarrancado para que los trabajos de desagüe se verificaran con desahogo, comenzando á funcionar las bombas de achique.

El Sr. Sanz ordenó que el barco virase y regresara á Sevilla para proceder á reparar la avería en el astillero de las obras del puerto.

Mientras se efectuaba el viaje, continuaron funcionando las bombas.

El buque entró en el puerto, atracando en la banda de Triana, y empezando inmediatamente los trabajos de reparación.

Estos trabajos han durado todo el día, siendo tapado perfectamente el agujero con cemento rápido y quedando en seco el departamento inundado.»

¿Comentarios? ¿para qué?

Después de todo; el percance ha sido bien poca cosa: una simple avería en el casco. ¡Si fuera como lo de la escuadra

de Cervera en las costas de Santiago de Cuba! ¡Aquello sí que fué gordo!

Y recuerdo ahora aquella catástrofe, porque también fué á raíz de una gran fiesta que celebraron nuestros marinos en honor de la Sagrada Virgen del Carmen, patrona de la marina...

Marina que deseo posea muchos y buenos acorazados, de muchas toneladas y bastante artillería gruesa, con buenos marinos que den en el blanco y... que no tropiecen con el «Torre del Oro»...

E. GIMENEZ MONROY

17 Julio 1913.

Canónigo suicida

El canónigo de la catedral de Lugo, D. Tomás Suárez, atentó el día 15 contra su vida, infiriéndose cinco puñaladas, dos en el cuello y tres en el vientre.

Su estado es gravísimo.

Una duda me ocurre.

¿Le habrán dado sepultura eclesiástica, si ha muerto?

Porque, como suicidio, es de primera.

¡Cinco puñaladas!

¡Y eclesiásticas!

A Fray Gerundio

Querido hermano en Cristo: Pero, hombre, usted está dejado de la mano de Dios. ¿Cómo se atreve á criticar al periodiquito catoliquito ese, *El Fraile*?

Claro está que esas cosas que pone ese papeluchín parecen bestialidades, pero es á los que no están iluminados por la divina gracia. ¿A que no hay beata histérica ni párroco silvestre á quien no les parezcan morrocotudas?

Créame usted á mí; el que escribe el referido periodiquito, ó es fraile ó un aficionado al que un fraile ha ensanchado el recto camino del paraíso.

Y, no lo dude usted; el periodiquitín tiene razón: los frailes son los que han inventado todas las ciencias, todas: hasta la obstetricia y el modo de curar las hemorroides.

Hace usted mal, hermano, en criticar á ese papista papeluchito; pero lo horroroso y lo que pone los pelos de punta, es que ose poner en duda las virtudes frailunas. ¡Desgraciado! ¡Pero usted ha olvidado que la honestidad y castidad y pureza de cerdo... ¡María Santísima, qué iba yo á decir!, de fraile, monjas, curas, jesuitas, monagos, y huises y maristas, y siervas ó ciervas, ó cabras, ó lo que sean, están probadas y comprobadas hasta por infalibles Papas y santos y harta por muchos Concilios?

Lea, hermano, lea algo de eso, y vaya recordando.

San Jerónimo dijo: «Nadie corrompe más al pueblo que los sacerdotes...» ¿Lo recuerda usted? ¿Y lo de San Crisóstomo que dijo «que valiera más que los clérigos fre cuentasen las mancebas que no que abusasen del trato humano viviendo amancebados?»

Pues le conviene no olvidar que el gran San Agustín exclamaba; «La Iglesia se ha abandonado á la crápula!»

Por mal que ande usted de memoria á que se acuerda de que el venerable Juan

Gerson llama á las iglesias *cavernas de bandidos* y añade: «Ved si los conventos de monjas no se asemejan *del todo* á burdeles.»

Pues un respetable rector de la Sorbona, Mr. Celemanges, echa á las inocentes candidas monjitas el siguiente piropo: «¡Cuánto habría que decir de los conventos de religiosas, poblados de mujeres entregadas á todos los excesos de la crápula; á la fornicación, al incesto, al adulterio, á todos los actos de lujuria y de maldad usados en las casas de mujeres públicas?»

¿Va usted recordando? Bueno; pues otro santo varón, el respetable sacerdote Barleta, dijo en un sermón: «¡Oh, qué cúmulos de lujurias, qué de sodomías, qué de fornicaciones! Las letrinas—se refirió á las de los conventos de las vírgenes del Señor—las letrinas resuenan y se estremecen con los gritos de las criaturitas arrojadas en ellas. ¡Atiza!»

(No, este atiza no lo dijo el padre Barleta: se me ha escapado á mí. Perdóne, hermano).

Y los Concilios ya usted sabe: El de Neocesárea prohibió á los curas tener mujeres en su casa, lo que confirmaron otros, incluso el de Nicea y el de Cartagena, permitiéndoles éstos tener á sus madres y hermanas; pero el de Mayence tuvo que prohibir también esto, no por nada, sino que aquellos castos sacerdotes eran tan cariñosos con todo el mundo... femenino... Y en el Concilio de Aix exclamaban los señores obispos: «Los conventos de monjas son lupanares.»

Y, frater, también recordará que el de Tours y luego otro celebrado en París mandaron á los clérigos dormir separados; no en la misma cama. Hombre, y qué casualidad: otro Concilio encargó también á las monjas que no durmieran nunca juntas.

¿Ve usted, hermano, como...?

¡Ah! otra cosa se me olvidaba que acabará de afirmar el buen concepto que debe guardarse á los eclesiásticos, sobre todo á los frailes. Y es que en el Concilio de París, 1212, se les prohibió... se les prohibió ¿eh? se les prohibió... Allí va: que tuvieran en sus conventos... ¡animales hembras!

Ajá; esta prueba de la castidad frailuna da la razón al susodicho papelote papista; y además, es tan fuerte, que á cual quiera que no esté bien confesado, bien comulgado y bien emburrado... le tira de espaldas.

Arrepiéntase, pues, caro hermano, de haber puesto en tela de juicio las altas virtudes de los reverendos frailes, y aplíquese, por vía de penitencia, una buena tanda de zurriagazos.

Y Dios le ayude, y reciba un expresivo achuchón de este su hermano en Cristo,

FRAY ISAURO

Cádiz, Julio. 13

El bien y el mal

Cuenta un padre jesuita, que visitando ciertas tribus negras en Africa, quiso conocer el concepto que del bien y del mal poseían los indígenas.

Al efecto, interrogó á uno de los naturales del país; y el negro le contestó en los siguientes términos:

—Si alguien me roba mi mujer, «se es un mal; y si yo robo la mujer de otro, ese es un bien.

El discípulo de Ignacio de Loyola comenta la respuesta, estableciendo la comparación entre la moral de los pueblos no educados en el santo temor de Dios y la moral de aquellos países y de aquellos hombres que gozan de las ventajas aparejadas á los que militan en el seno de la Madre Iglesia.

No obstante, yo creo que el criterio del indígena africano es el criterio de los porta-estandartes del cristianismo.

Véase, si no, cómo gritan enojados cuando se trata en cualquier nación católica de separar el Estado y la Iglesia.

No gritan enojados, y sí contentos, cuando análogo proyecto se agita en aquellas naciones donde la religión oficial no es la católica.

Llaman respectivamente, «apostata» al que abandona las místicas huestes; y califican de iluminado, de convertido, de santo, á quien ingresa en su evangélico redil procedente de cualquier secta, escuela ó lo que fuere.

Se parecen al indígena citado por el padre jesuita, y de tal manera, que hasta cuando el cura se sienta en el confesonario y la mujer de otro se entrega á él confiándole los más recónditos é íntimos secretos del hogar, exclama el cura:

—Este es un bien.

Y si esa mujer se emancipa y no se encamina al confesonario y guarda sólo para su esposo—esto es, para «otro» hombre que no es el clérigo—los tesoros de su pudor y de su conciencia, exclama el cura:

—Este es un mal.

Y perdonen ustedes la manera de señalar.

MAIJA RACHA

Por cuál de ellos había de ocupar un puesto en la Iglesia de la Ascensión de Bilbao, dos fervorosos católicos se acometieron con las hachas que empuñaban.

Desgraciadamente no eran hachas de las llamadas de abordaje, sino de cera.

UN MILAGRO

La estupenda noticia cayó como una bomba en el pueblo:

—¡Un milagro!... ¡Un milagro!...—repetían las bocas.

—Pero ¿qué sucede?—interrogó alguien.

—¿Es posible que usted no sepa?...

—¡Claro que ignoro de qué se trata!

—Pues nada...—tartamudeaba la vecina ociosa;—que esta tarde, casi oscurecido, iba á salir D.^a María, la esposa de don Prudencio, y... resu ta que fué por las medallas que en la cadena tenía colgadas á la cabecera de la cama. Y sucedió... ¡ay, virgen santa, lo que sucedió!... ¿A que no adivina usted?

—Ni lo adivino, ni soy la virgen santa, como usted supone, ni...

—¡Comprende! Es un decir...

—¡Muy inexacto! Bueno, en resumidas cuentas, ¿me dice ó no me dice usted lo que se encontró D.^a María?

—La medalla del «Divino Corazón de Jesús» manando sangre.

— ¡Cáspita! Sería ilusión...
 — No, señora: ¡sangraba, sangraba!...
 — ¿Alguna sustancia roja.
 — ¡Sangre, señor! a. sangre! ¿Acaso no la reconoció el señor boticario?
 — ¡Pero, mujer!...
 — Y también la vió el señor cura.
 — ¿El señor cura?
 — Sí, señora.
 — ¡Y qué ha dicho!
 — Pues, después de hablar mucho con D.^a María, ha dicho que se trata de un milagro, de un verdadero milagro! Por cierto que D.^a María ha hecho cerrar la tienda, mandando un dependiente á la capital en busca de una urna que guarde dignamente la medalla preciosa.
 — ¡Pues ya es suerte para el pueblo!
 — ¡Que si lo es!...

**

El milagro circuló por toda la provincia. La agraciada D.^a María—digna esposa del muy digno comerciante D. Prudencio—señora muy cristiana, que no perdía mi sa y confesaba diariamente (sin perjuicio de explotar á las criadas y matar de hambre á los dependientes), no cabía en sí de gozo.

¡Un milagro como hacía tiempo no se contaba otro! ¡Y ella nada menos que la agraciada! ¡Si había para enloquecer!

Fué á Madrid; compró una imagen magnífica y policromada del Corazón de Jesús y tuvo ciertas entrevistas secretas con un cura. Bueno, esto de las entrevistas fué lo de menos; lo más importante resultó lo otro: la donación de la imagen á la iglesia del pueblo.

**

Qué día aquel en que fué conducida á templo! Se declaró festivo: los labriegos suspendieron las faenas y cerró sus puertas el comercio.

A D. Prudencio todo se le volvía tierno del sombrero. ¡Endiablada frente! ¡Ni que desde algún tiempo tuviese algo extraño en ella que se lo repeliera!

¡Día solemne aquel en el que hasta la naturaleza parecía asociarse al júbilo del pueblo!

Brilló un sol magnífico y en cielo diáfano é impoluto apareció muy tenue la luna, luciendo la interrogación de sus cuernos burlones...

**

Terminado que hubo la fiesta religiosa, salíamos en tropel los chicos de la iglesia. El hijo del agraciado D. Prudencio y yo emprendimos juntos el regreso á nuestras casas. En el trayecto, mi acompañante me interrogó:

— ¿Tú crees en el milagro?
 — ¡Claro!
 — ¡No, tonto! Verás: aquella tarde mis papás me mandaron á estudiar; pero yo, que no tenía ganas, me puse á enredar con las medallas en el dormitorio de mamá. Me pinché...

— ¿Y cayó la sangre sobre el Corazón?
 — ¡Naturalmente! Pero... no digas nada, que si se entera mi mamá... ¡me mata!

V. A. S.

TODOS UNOS

El periódico norteamericano *Truth Seeker*, publicó hace tres meses varias columnas de nombres de curas y pastores

por crímenes ó delitos en los Estados Unidos en 1912. En un número posterior agregó á la primera lista otros nombres en número de 19.

Se ven en ella un obispo católico, pastores luteranos, metodistas, bautistas, moravos, episcopales. En su mayor parte han sido condenados por violación, inmoralidad, bigamia, difamación, falso incendio y aun por tentativa de asesinato, etc.

¿Se ve bien ahora la influencia de la doctrina cristiana sobre sus adeptos y lo mismo en un continente que en otro, en una raza que otra?

No es el individuo ni la raza: es la especie.

LOS PARIAS

«Allá en el claro, cerca del monte bajo una higuera como un dosel, hubo una choza donde habitaba una familia que ya no es.

El padre, muerto; la madre, muerta; los cuatro niños muertos también: él de fatiga; ella de angustia: ellos de frío, de hambre y de sed.

Há mucho tiempo que fui al bchío y me parece que ha sido ayer.

¡Desventurados! Allí sufrían ansia sin tregua; tortura cruel. Y en vano alzando los turbios ojos se preguntaban: «¿Señor, por qué? y recurrían á su alta gracia, dispensadora de todo bien.»

¡Oh Dios! Las gentes sencillas rinden culto á tu nombre y á tu poder; á ti demandan favor los pobres, á ti los tristes piden merced: mas como el ruego resulta inútil, pienso que un día, pronto tal vez, no habrá miserias que se arrojen, no habrá dolores que tengan fe!

Rota la brida, tenaz la fusta, libre el espacio ¿qué hará el corcel? La inopia vive sin un halago, sin un consuelo, sin un placer. Sobre los fangos y los abrojos en que revuelca su desnudez, engendra atletas para la guerra, cría querubas para el burdel.

El proletario levanta el muro, practica el túnel, mueve el taller, cultiva el campo, calienta el horno, paga el tributo, carga el broquel; y en la batalla sangrienta y ruda, blandiendo el hierro por Patria ó Rey, enseña al prócer con noble orgullo cómo se cumple con el deber.

Mas ¡ay! ¿Qué logra con su heroísmo? ¿Cuál es el premio, cuál su laurel? El desdichado recoge ortigas y apura el cáliz hasta la hez. Leproso, mustio, deforme, airado, soporta apenas tan dura ley, y cuando pasa sin ver el cielo, ¡la tierra tiembla bajo sus pies!

SALVADOR DIAZ MIRÓN

En Nardó, territorio italiano próximo á Tarento, un sacerdote se entendió de tal modo con una parroquiana, que creyó

conveniente emprender el vuelo con ella. ¿En dirección del Paraíso?

Sí, pero un paraíso terrenal, por aho ra

En la Catedral de Burgos

Leo:

«La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando acaba de aprobar los bocetos definitivos de vidrieras adjudicadas á la Casa Mauméjean, de esta corte; en el concurso internacional abierto por aquel Cabildo Metropolitano, de acuerdo con el donante entusiasta burgalés para dotar á la sin par Catedral de grandes vidrieras de color.

«Celebramos la decisión del excelentísimo Cabildo de haber sometido la aprobación de los planos á la docta Corporación.»

¡Y dicen que los soldados de Africa carecen de ciertos medios de vida!

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

¿En qué casa que no fuera de locos se gastaría dinero en vidrieras, estando los hijos sin comer y sin medicinas?

Cuando el clero derrocha pesetas en vidrios de colores, es porque debe saber que á nuestros soldados nada les falta.

Bibliografía

Más libros publicados por los editores valencianos Sres. F. Sempere y Compañía.

Canción de primavera, poema rústico en tres jornadas, por José de Maturana.

En él se revela la intención de dar valor de égloga moderna á la Pampa y sus costumbres.

En el reciente viaje que el autor, como redactor de *La Nación y Caras y Caretas*, ha hecho por España, se ha relacionado con lo más brillante de las letras españolas, y le ha dado ocasión de consagrar en Madrid sus éxitos de la Argentina con un estreno en la Comedia y una conferencia en el Ateneo.

**

El padre Félix, por Alfredo de Lhery.

El autor es un gran pensador, y en este libro describe la vida en los seminarios y abusos que en ellos se cometen, quitando á los adolescentes la inocencia del alma y del cuerpo.

**

Historias grotescas y serias, por Edgar Poe, traducción de V. Algarra.

Figuran en este volumen varias historias maravillosas de las que tanta nombradía dieron al autor, entre ellas algunas de las llamadas policiales, que no ha podido superar Conan Doyle, de quien fué precursor.

Los anteriores libros se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

infringido su perjurio, fué hecho cardenal.

Ahora bien: ¿podía yo dejar de referir un caso tan notable?

Mucho me cuesta no contar los pormenores de cómo entonces fueron arrojados de sus sedes los arzobispos de Tréveris y de Colonia, por no haber reconocido al Papa Eugenio IV.

Mucho me duele no poder referir cómo habiendo abdicado el casi Papa Félix casi V, el duque de Saboya fué nombrado primer cardenal, obispo de Sabina y legado en muchas provincias; pero conozco que debo en conciencia sacrificar mi gusto al deber de cumplir con el público.

La tentación de proseguir la siento, sí, pero...

¡Cosa más rara! Acabo de salir del año 1449, y desde muy lejos, desde 1600, me está haciendo señas el indomable York, el obispo de Durham, que con piadoso celo degolló á toda una guarnición de soldados normandos.

Déjeme, obispo, déjeme, usía ilustrísima, ó no acabarla nunca.

¿Pero qué importa que de un salto hacia atrás me aleje de éste, si voy á parar con la memoria otra vez al siglo IX y me encuentro en Turín un español con mitra, el célebre Claudio, que andaba á garrotazos con las imágenes de Dios y de los santos, creyendo de buena fe que era idolatría adorarlas?

¡Oh buen Claudio! Su gracia me enamora y me hace olvidar su irreverencia.

Cuando le citó el concilio de obispos reunido para juzgarle, respondió en buen latín que no le daba la gana de ir, y que aquel concilio era una tertulia de borrachos.

Así lo refiere la historia: *Vocans illorum synodum congregationem asinorum*

Ciertos críticos eruditos dicen que esta frase no tiene maldita la gracia, y sólo la perdonan en gracia de su exactitud, conviniendo en que, sin dejar de ser irreverente el calificar de borrachos á los obispos del siglo IX, podía aplicárseles metafóricamente ese dictado.

¿En qué se fundan? Lo ignoro. He meditado largamente buscando la base de una afirmación tan grave, y no sé cuál podrá ser, como no sea la declaración del concilio celebrado á mediados del mismo siglo (855) y en Valencia del Delfinado, en cuyo concilio, Teófilo, obis-

po de Orleans, respondiendo á aquellos compañeros suyos que se lamentaban de que hubiese tantos obispos ajenos á toda literatura, opinó que al eclesiástico le bastaba saber decir de corrido el Credo y el Padre-nuestro, administrar el bautismo, observar las horas canónicas y cantar los himnos y los salmos.

Después, Hincmaro, que era muy docto, exigió que supiesen rezar el *Pater* y los tres símbolos de los apóstoles, de Nicea y de San Atanasio, comprendiendo lo que quería decir cada palabra de por sí; que supiesen las fórmulas del bautismo y del exorcismo, las liturgias para la bendición del agua, para la Extremaunción y para los funerales, y les excitó á que se enterasen del sentido de las cuarenta homillas de San Gregorio.

Me parece que saber todo esto ya era saber algo.

Por esto yo prefiero el dicho del obispo Claudio como cosa de gracia que como frase exacta.

El lector, si embargo, resolverá lo que crea más conveniente.

¿Ven ustedes? Me he arrimado al siglo X, y...

Pero no, no lo contaré; sería demasiado largo.

Ya es bonito, ya; pero necesitarla demasiado espacio para referir cómo al querer Abderramán enviar un emisario respetable al emperador Otón, y no queriendo nadie hacer el encargo, por más que se ofreciera una buena gratificación, hubo que echar mano de un memorialista, y para que tuviera cierto carácter adecuado al caso, se le hizo obispo.

Pero ya digo que sería demasiado largo de contar.

Por eso no cuento tampoco lo del siglo XII, que creo sucedió en 1134 y es muy curioso.

Me refiero á cuando volviendo del concilio de Pisa los prelados de las Gallas, fueron atacados en Lombardía por unos bandoleros que los despojaron y secuestraron. Había entre aquellos intelices varios arzobispos, muchos obispos, una legión de abades y una gran muchedumbre de clérigos.

Y lo particular fué que los bandidos no eran gentuza, sino caballeros, y pidieron por el rescate sumas enormes, sin considerar que los pobres obispos no tenían más dinero que el de los pobres que no eran obispos.

Dicen algunos que estas eran las costumbres de aquellos tiempos.

No lo creo. Por muchos casos de semejante pillaje que refieran las historias, deben considerarse todos como excepciones de lo común y ordinario en aquellos tiempos de fe, de caballerosidad, religión y espiñalismo.

Y me alegro de no haber referido los pormenores de este desgraciado suceso,

porque si no, habría tenido que referir también la desgracia ocurrida en el mismo siglo al buen obispo de Cambray, cuyos católicos súbditos le adoraban como obispo, más no le querían como señor temporal; y como el pobre prelado no podía partirse en dos, los tuvo que sufrir mil impertinencias, hasta que le arrojaron del obispado y se constituyeron con unos magistrados sin tonsura ni mitra, renunciando locamente á la antigua y sencilla usanza de que la mano que en la niñez les confirmase, les ahorcase también más adelante.

Pero ¡basta, basta, basta! Me he extralimitado, lo conozco: he abusado de aquella voluntad que sólo le fué concedida al hombre para que hiciera uso de ella rigiéndola y gobernándola con el freno del dogma turco en Turquía y del católico en España.

He traspasado las fronteras de los tiempos y me detengo, porque si no, la fuerza del atractivo episcopal me habría conducido hasta el período de Fernando VII

Sí, porque aun en aquel tiempo se vislumbraron radiantes fulgores del episcopado.

Aun entonces, cuando purificado Don Leandro Fernández de Moratín, y por consiguiente vuelto á poner en posesión de los bienes que el rey le confiscara, se expidieron varias reales órdenes para que el señor obispo de Oviedo pagase al poeta la pensión que disfrutaba éste sobre las rentas de aquella mitra, el celoso obispo se negó con heroica constancia á darle un solo real, «echonestando (dice un biógrafo profano) su codiciosa resistencia con los mayores denuestos contra su desvalido acreedor.»

No más: volvamos, volvamos á *Los Tiempos de Mari Castaña*, de que no deberíamos haber salido, defraudando al lector, si bien contra nuestro propósito, y llevados del extraño atractivo de nuestro tema.

Séanos perdonado ese extravío en que ofrecemos no incurrir otra vez, y si tan grande fuere que mereciese castigo, nos resignamos humildemente al que todos los obispos nombrados en este capítulo se dignaren imponernos.

El P. Miguel Mir

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

IMPRENTA: LIBERTAD, 31. — MADRID